

La Esfera



Año II * Núm. 82

Precio: 50 céntimos



El Jabón revelador
No lo niegues.
En la cara fresca y
perfumada se ve
que te lavas con mi
Jabón de
HENO de PRAVIA



La Esfera

Año II.—Núm. 82

24 de Julio de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



GENERAL VON BÜLOW

DIBUJO DE GANONAL

Uno de los mejores estrategas del Ejército alemán, y que ha cooperado brillantemente á las operaciones que dieron por resultado la retirada rusa



Paisaje del Retiro, de Madrid

FOT. SALAZAR

DE LA VIDA QUE PASA LOS ÁRBOLES MUERTOS

Es verdad: ¿qué significan unas cuantas bajas en el arbolado de un paseo, ahora que medio mundo está matando al otro medio? Yo he leído algún comentario burlesco en letras de molde como responso á la muerte de los noventa olmos de que da cuenta una nota municipal. — «¡Arbolitos al cielo!»— viene á decir el satírico, variando una frase española, que siempre me ha hecho estremecer.

Se mueren los árboles. Nosotros, los hombres de mi generación—la del 98—los hemos visto morir á centenares. Tres generaciones malogradas, cada cual con distinto verdor, han perecido, á nuestros ojos, en la calle de Alcalá. Y había entonces tan pocos, tan tristes y tan mustios, que nos quedó cierto prejuicio contra los árboles madrileños, sobre todo á la hora de hacer comparaciones con los de otras grandes ciudades europeas. Por fortuna, Madrid planta más, muchísimos más árboles de los que mueren. Yo creo que hoy Madrid no está mal. Puede estar mejor, pero no está mal.

¿Por qué seguimos mirándole con tanto desdén? Hace treinta años apenas si había otros árboles que los del Retiro, el Prado, los jardines y el camino de El Pardo, desde la cuesta de San Vicente. Estos centinelas del río eran los únicos abuelos venerables. Siempre jóvenes, frondosos y lozanos de copa; el tronco viejo, nudoso, retorcido y resquebrajado. En las grietas altas—heridas centenarias—los padres de nuestros padres, más madrileños que los de hoy, probaban el tino llenándolas de piedras y de cáscaras de naranja. ¿Cuántas tribus de horteras, de militares, de cocineras y doncellas, de empleados y de estudiantes, de señoritas y menestralas habrán arrancado, al pasar, las hojas de las ramas bajas? ¿Cuántos botonazos habrán señalado en ellos, con sombrillas y bastones, los buenos vecinos de Madrid?

El resto valía poco. Eran árboles incipientes, recién plantados en hilera, á título de ensayo. Las calles parecían viveros. Los arbolillos tiernos plumeros ó penachos. Cebábase en ellos la mortalidad madrileña que persigue, encarnizada,

todas las vidas nuevas. Entonces bastaba volver de los boulevares de París para indignarse contra nuestras acacias, nuestros pinos, nuestros castaños de Indias. ¡Los pobres no tenían la culpa! ¿Qué les faltaba? Agua y años.

Pero los árboles podían esperar con paciencia, seguros del porvenir. ¡Si nos ocurriera á nosotros lo mismo! Mucho más raro es ver morir á un árbol que á un hombre—por eso vale la pena de hablar de ello, á pesar de las sátiras—. Los árboles tenían todo el tiempo que necesitaban; poco á poco han salido de la infancia y empiezan á vivir. Ahora pueden mirarnos de alto á abajo como nosotros los mirábamos antes á ellos y estoy seguro de que aun juzgándoles tan despectivamente, como aquí se acostumbra, no por eso nos negarán su sombra. — ¡Qué lejos aquellos tiempos en que nos llevaban al Retiro de la mano para enseñarnos una higuera—una higuera que daba higos—y que vivió detrás del paseo de coches, en aquella cuesta que da sobre las tapias y que casi está todavía por civilizar! Hacían falta hábitos de lugareño para descubrirla, de campesino y de cazador. ¿Cuántos concejales madrileños han tenido, de chicos, nidos en el Retiro? La mano que á mí me guiaba sabía apartar las ramas y descubrir en árboles y en terrones los grandes misterios del campo. Pero entonces el Retiro era el único oasis. ¿Dónde iban á descansar los pájaros de la plaza de Oriente, si se resolvían á volar hasta la entrada de la puerta de Alcalá? Verdad es que ahora no hay pájaros en la plaza de Oriente. Un día, sin previo aviso, sin quejas, sin protestas, amanecieron talados los jardinillos. El caballo de Felipe IV parecía más alto, más regio, más alrededor.

Quedaba rota la armonía entre el sencillo pedestal, con sus dos fuentes, y aquellos árboles de copa oscura y pomposa, que entonaban tan bien con el mármol y el bronce; aquellos árboles que podían mirar hacia la Sierra por encima del campo del Moro y del Manzanares, no los volvimos á ver más. No habían muerto, como los olmos. Los habían asesinado. Yo no se que

nadie haya dado ó pedido explicaciones del crimen, ni siquiera que esté incoado sumario.

A cambio de estos árboles muertos nacen otros muchos. Declarémoslo. Madrid va despacio; pero va. Necesita vencer la aspereza de la sierra y la sequedad de la estepa. Cuando lo consiga será una de las ciudades más bellas del mundo.

El criterio y el espíritu—justo es reconocerlo también—tenemos que adaptarlo de fuera. Hasta ese título de los *Amigos del Arbol*—que hoy es ya una Real Sociedad Española y que publica una revista muy bien presentada—tiene sabor extranjero. Pero ¡qué le hemos de hacer! El amor al árbol; más aun, el amor reflexivo y cordial á la naturaleza ha sido una importación extranjera: italiana, en Boscau y Garcilaso; francesa, en los discípulos de Rousseau. Las campañas agrícolas, hidráulicas, traen el recuerdo de otras campañas acometidas en otras naciones. El excursionismo tiene el nombre exótico de alpinismo. Recorren la sierra exploradores vestidos á la suiza. ¿Qué más da? Tomemos el bien de donde venga, sin entretenernos demasiado en la cédula de vecindad.

Precisamente estos días acabamos de leer, en el «Boletín de Agricultura técnica y económica de la dirección de Agricultura, Minas y Montes», que la provincia más castigada este año por la langosta es la de Madrid, y que sólo á incuria y desidia de los agricultores se debe la plaga, porque no se cuidan de avisar á tiempo. Ante ese dato ¿cuánto no habrá que hacer todavía antes de llegar al refinamiento que significa el culto del árbol y el respeto al paisaje? La cultura en las capas superiores va creando una tierra artificial, blanda y propicia, sobre la arena seca, disgregada y árida. Así vemos crearse sociedades é instituciones de ese género, formadas por gentes de buena fe, que irán despacio, muy despacio, aumentando en número y eficacia. Esas gentes no miran con indiferencia nada que se refiera á la vida y la muerte de los árboles.

Luis BELLO

LAS "ESTRELLAS" DEL ARTE
"FORNARINA", HA MUERTO...

Ha sido muy sincera la pena de Madrid por la muerte de su cupletista. Fué una de las primeras creadoras del género mínimo, y, sobre todo, fué muy madrileña. Irradiaba de su linda figura, de su rostro picaresco, la alegría un poco absurda, un poco inexplicable que tiene Madrid; la alegría del «no importa» y del «que se me da á mí»; la alegría de una despreocupación castiza, que va dejando hondas huellas á través de la historia nacional.

Además, Consuelito representaba toda una época; nuestra época; la de la generación que ahora dirige y gobierna. Cuando ella comenzó su lucha, cuando se inició en los azares de su arte, había en Madrid un factor económico que ya no existe; este factor eran las aduanas de Cuba y otras sinecuras coloniales. Hemos acostumbrado á España á vivir sin ellas y á no echarlas de menos. Siquiera por este gran servicio debería tenerse un mayor respeto á nuestra Edad. Y á todo esto únase la pena sincera que produce siempre ver morir á una mujer linda en días de juventud, y se tendrá, más que explicado, justificado, el rendimiento de dolor que Madrid ha confesado ante el cadáver de la pobre Consuelito...

Era en ella una obsesión hablar de su origen humildísimo, de sus angustias de mujer que se veía linda cuando su rostro se reflejaba en las pozas de los lavaderos del Manzanares. Los cronistas nos han contado cien veces cómo fué arrastrada á lucir su belleza estatuaría en un escenario, donde se representaba una farsa estúpida y grosera. Luego, ella, con un gran instinto femenino, con un gran talento, con un tremendo esfuerzo de voluntad, logró convertirse de figurante en artista. Pero, la obsesión de su origen y de su lucha, que mujer de otra calidad hubiese puesto empeño en disfrazar y en hacer olvidar; la tenacidad con que la artista, en pleno éxito, á su regreso de París y de Viena, nos recordaba sus horas de lavandera, de modistilla, sus amarguras en las horas pobres, en el hogar mísero, en la necesidad remediada rindiéndose sin escrúpulos á la ilicitud, hacían de la pobre Consuelito un símbolo de la mujer madrileña.

Cada día, cada hora este problema se otrecearía á los hombres de corazón, si en el egoísmo de nuestra ridícula democracia pudiera quedar fuerza á cada uno para pensar altruístamente en los demás. Porque vésteis que en los labios de la *Fornarina*, rica, triunfadora, mimada de los públicos, esta evocación de la peseta y media que ganaba trabajando todo un día, de sol á sol, en los lavaderos del Manzanares, es una evocación que, bien interpretada, sabe á injuria contra una sociedad que tal precio pone al trabajo honrado de la mujer, é interpretada mal, parece grito de guerra lanzado á las legiones de las sufridas y resignadas mujeres del pueblo que no pueden encontrar en el esfuerzo de sus brazos la liberación del yugo conyugal, representado para ellas por el marido brutal, borracho y sucio, que las apalea y las envilece.

La ley es benigna con el hombre y deja en tremendo desamparo á la mujer, mientras las costumbres y los prejuicios la convierten en verdadera esclava, que no puede redimirse y liberarse sino como se redimió y liberó la pobre Consuelito, á fuerza de talento, de belleza, de voluntad y de Arte. Pero imaginad cuantas lindas mujercitas, que emprendieron ruta semejante, no han ido quedando vencidas en las quebradas del camino, en medio de la indiferencia de todos. Por eso, el grito de guerra que encarnaba en el terco recuerdo de la *Fornarina* ofreciéndonos la visión de sus primeros años, es de una repercusión que espanta. No nos amedrenta tanto la malsana influencia que ejerce en una muchedumbre de chiquillos el espectáculo vergonzoso del torero enriquecido y adorado. De ellos muchos intentarán seguir el mismo camino y no lograrán sino perder la vida en las bestialidades de la capea aldeana ó entre las ruedas del ferrocarril. Pero al cabo son hombres; no entregan el corazón como primera prenda, en estas luchas titánicas, y, sobre todo, cuando quieran desviarse de la trayectoria de dolor y desengaños que recorren, pueden hacerlo, sin gran esfuerzo ni quebranto. Pero la pobre muchacha que abandonó el taller, donde la explotaban inicuamente, donde la sometían á jornadas de once horas, por un precio irrisorio, ni á ese mismo taller podrá



CONSUELO VELLO, "LA FORNARINA"

FOT. CALVACHE

volver. Lo que en un hombre se juzga chiquillada, en la mujer es infamia para toda la vida. La mujer sólo se redime por el éxito.

Sin mogigatería, sin pusilanimidad puede decirse que es inconcebible cómo una tan absurda inmoralidad ha llegado á ser eje de nuestra vida social, espíritu de nuestras leyes, razón de nuestras costumbres. Y eso explica, aparte bondades de corazón, aquella dulce misericordia con que la *Fornarina*, que sabía las amarguras de ese camino, remediaba muchos infortunios femeniles.

Era, pues, la pobre Consuelito, algo más que una artista; no poseía un arte extraordinario como cantante ni como declamadora; su misma belleza, suave y fina, no hubiera enloquecido á ningún público, ni aun rodeándola de una leyenda de perversidad. Aquellos señores de provincias que comentan en el Casino el *pánico feroz* producido en las damas de la localidad por la llegada de la cupletista, no se atreven á llamarla más que *indina*, y esto, al cabo, en un cuplé que cantaba la propia interesada, y no en la realidad de los casinos provincianos, donde ya no hay quien se asuste de nada.

Para nosotros, y, acaso, un poco inconscientemente para todo el público cortesano, la pobre Consuelito era un símbolo de la vida de la mujer pobre en Madrid. Ella nos lo recordaba constantemente, en toda ocasión... «Cuando yo era

lavandera..., cuando yo ganaba seis reales trabajando todo el día..., cuando recorría la calle de Alcalá, cargada con un saco de ropas y oía los chicoleos de los señoritos, á mi cara picarilla...» Y ese era un sentimiento que se apoderaba del público cuando la escuchaba... ¡Barrios bajos, sótanos y buhardillas de los barrios aristocráticos, la pobre Consuelito, más ó menos bonita, más ó menos capaz de instintos de Arte, vive en vosotros por centenares, por millares! No hay dolor como su dolor; lágrimas más amargas que las suyas. Naturaleza la hizo sentimental y delicada y tierna; el espectáculo de la gran ciudad lujosa y holgazana fué encendiendo en sus sentidos todos los deseos y cuando se advierte mujer y se contempla bella, se encuentra con que el trabajo la unce á una labor bestial, en un taller donde ganará un jornal mísero y donde enflaquecerá y se afeará, ó la unce á un marido borracho y sucio que la apaleará y la envilece: á ó se entrega al azar de la vida liviana, perdiendo toda esperanza de redención.

Y eso lo toleráis, damas empingorotadas, millonarios egoístas, políticos ramplones, sociólogos de baratillo... La pobre Consuelito, echándose en cara á cada momento la humildad y las sinuosidades de su origen, valía más que todos vosotros juntos, gente sin corazón y sin talento...!

DIONISIO PÉREZ





Por el sendero de luz

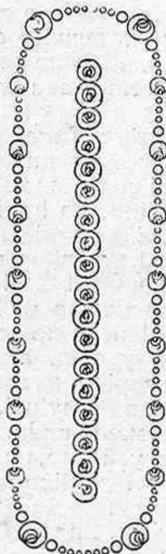
Quando el mundo palpita á un luminoso halago
de estrellas, en el cielo como el cristal de un lago,
se abre igual que un sendero de paz un fulgor vago...
¡Es el camino de Santiago!

¡Camino constelado, sendero de aventura
que en la paz de la noche levemente fulgura!
¡Venga por tí el milagro, la divina locura:
Esplende en nuestra noche obscura!

¡Tú, que cruzas el orbe, infinita vereda,
amalgamando los mundos en una polvareda;
tú, que eres en la pira del orbe la humareda,
tráenos el bien que se nos veda!

¡Torna por él, Santiago, á renovar tu hazaña!
El moho de los siglos tus arreos empaña,
pero aún vive tu imagen guerreando con saña...
¡Torna, Santiago, y cierra España!

Cierra España al influjo de bélicas naciones,
cierra España á la ruina de las emigraciones.



¡Cruza por esa senda las celestes regiones
floridas de constelaciones!

Pero aporte la paz tu ondeante oriflama:
Dá á la sien del labriego, no al guerrero, la rama
de oliva... ¡Dá á la paz la gloria que proclama
el clarín de oro de la Fama!

Haz fértiles los yermos de guerra y las mujeres:
Levanta un bordoneo de enjambre en los talleres:
Haz santos los paganos sembradíos de Ceres.
¡Que todo sea amaneceres!

¡Y cuando dé su aroma la flor de la leyenda
y todos escuchemos el rumor que en la senda
de astros alce el corcel, caerá al suelo la venda
y el corazón será la ofrenda!

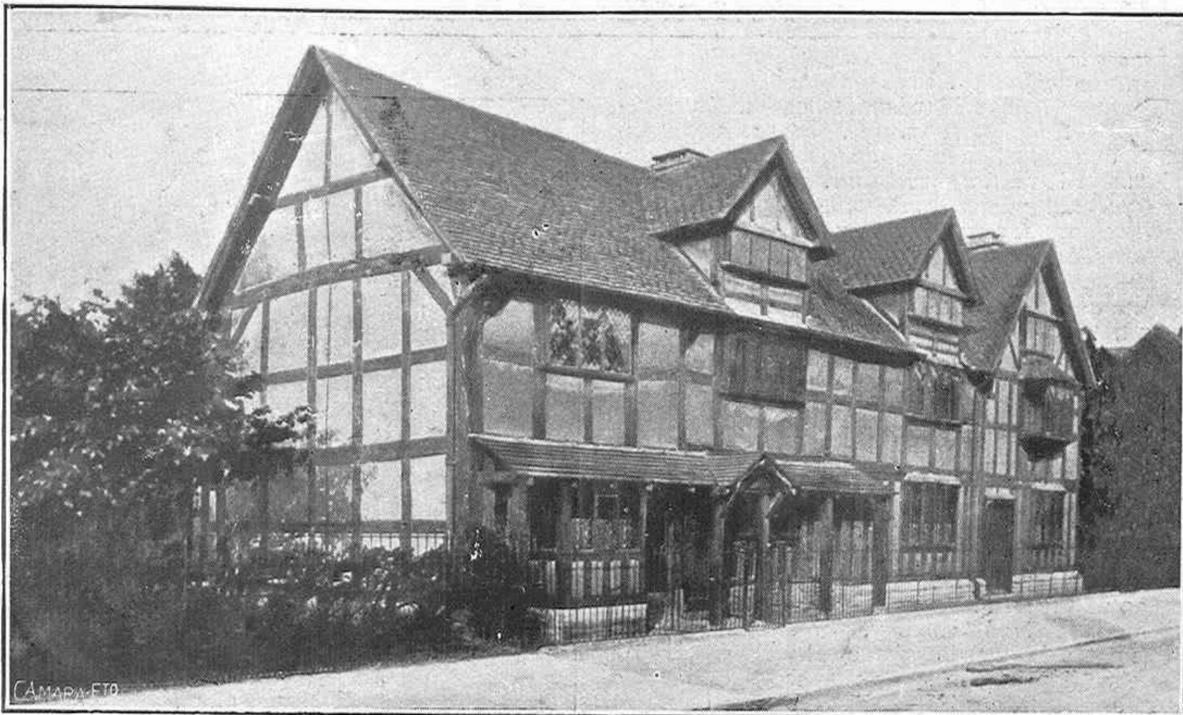
¡Renuévase el milagro, padre de España, hijo
de España!... ¡Cierra España, como tu hueste dijo,
y muéstranos tu espada igual que un crucifijo
como en el día de Clavijo!

DIBUJO DE M. YA DEL PINO JOSÉ CAMINO NESSI

SHAKESPEARE, ESPERA

A pocos kilómetros de Birmingham, centro fabril donde Inglaterra ha de realizar sus mejores esfuerzos para abastecer á su ejército y á los de sus aliadas, se encuentra Stratford-on-Avon, pueblecito quieto y florido, donde en 1564 nació William Shakespeare. La gran ciudad, que hace cien años era una aldea tan chica, que se necesitaba añadir á los encargos destinados á ella la aclaración «near Worik» (cerca de Worik), tiene hoy más de un millón de habitantes.

A Stratford se va desde Birmingham por la estación de Snow-Hill; es un viaje corto y delicioso: en cuanto se dejan detrás las tierras sombrías, surcadas por canales de aguas oscuras, el campo comienza á verdear y poco á poco la alegría de la vegetación se comunica al espíritu. Recientemente, en una encuesta de la Sociedad nacional de turismo, para saber cual era el camino más lindo de Inglaterra, alcanzó gran mayoría de sufragios ese camino que une el pueblo tranquilo del poeta con la ciudad de Chamberlain. Y una vez más, por misterioso lazo, aparecen acercadas en Inglaterra las fuentes del ensueño y las prácticas fuentes de la vida material. Yo no puedo recordar sin emoción ese camino y ese pueblecito, donde tantas veces he ido desde Birmingham. Todo en él es sonriente, todo en él parece querer bañarse del influjo del poeta insigne, que, siendo su hijo, es á la vez padre de su gloria. No es como en Bonn, ni como en Weimar, ni como bajo las bóvedas solemnes de Westminster, como se prolonga aquí el recuerdo, sino de una manera más dulce. Presiéntese que, salvo raras excepciones, discretamente respetuosas, el pueblecito sería igual cuando el poeta, dócil al consejo de su casi contemporáneo Joachín du Billay, volvió de regreso del más grande viaje que al través de las pasiones y del alma humana se haya hecho, para vivir entre los suyos «plain d'usage et raison» el resto de sus días. Desde la vieja que os vende postales, hasta el buen hombre que os guía hacia la casa donde nació el poeta y que se quita respetuoso el sombrero al entrar en la alcoba, notáis la influencia, en todas las gentes, del prestigio del pueblo; influencia que no se hace más viva en el viejo erudito que os va enseñando los manuscritos de Ben-Jhonson, ó que, después de explicaros el origen de todos los objetos conservados en el Museo, os abre la puerta del jardincillo—tan apacible, tan henchido de visiones de paz—de la casa de la mujer de Shakespeare. Hay en toda esta gente algo de fino, algo vagamente intelectual que los diferencia de otros campesinos ingleses: aquí todos comparten el entusiasmo del visitante... No choca al sentimiento que el hotel principal lleve el nombre del dramaturgo. En Stratford, por muchas veces que se vaya, siempre falta tiempo, porque el encanto no radica en un momento: ni en la casa, ni en el museo, ni en el teatro memorial donde, una vez por año, vienen los grandes actores ingleses á encarnar bajo el cielo natal los héroes shakespeareanos, desde



La casa de Shakespeare.



SHAKESPEARE

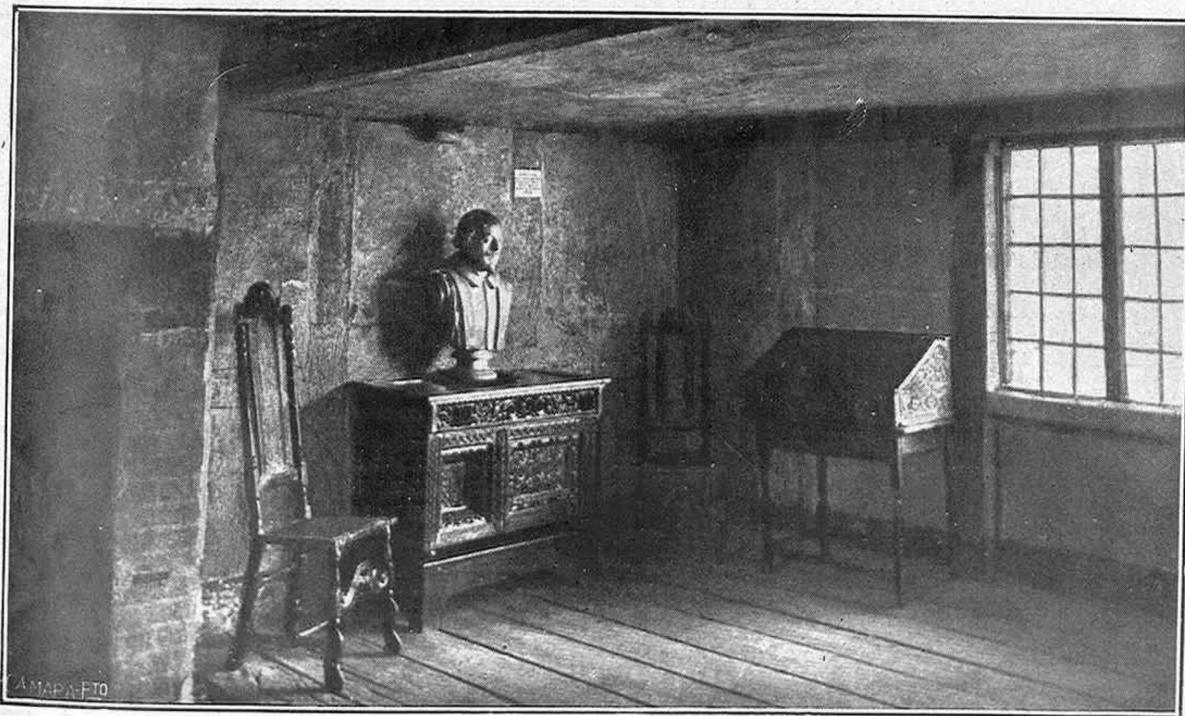
el tremendo Mactbhet, á la dulce Cornelia, desde el jocundo Falstaff y Ariel hasta Desdémona y el simbólico Kin Jhon. Hay junto al monumento, desde cuya cúspide mira sentado el poeta el río Avon, que viene sin rumor, y pasa junto al cercano cementerio y adquiere allí metálicas irisaciones, y se aleja en paz por la campiña después de haber ceñido al pueblecito; hay un banco que atrae. No es posible sentarse en él y ver las cuatro figuras de bronce que guardan el monumento, sin pensar en el extraño sino de este poeta. Ante su faz burguesa y tranquila, viene á la mente la sospecha de que tal vez tengan razón los eruditos que, á riesgo de desmentir el sentido práctico británico, quieren echar sobre los hombros, ya cargados de gloria, del autor de *Novum organum*, la paternidad de los sonetos y de las obras dramáticas de Shakespeare, disminuyendo en uno los nombres mágicos de Inglaterra. Todo fué extraño y casi monstruoso en este hombre. El mismo escultor, tal vez inconsciente, lo ha perpetuado de espaldas al teatro, con la mirada de sus ojos de bronce perdida en la campiña, en el río que viene de lejos y va al mar, en los perfiles de las montañas, en este minúsculo cementerio que expande al lado de la iglesia, junto á un huertecillo fragante, las lápidas de letras borrosas.

¿Y qué relación—diréis—tienen estos recuerdos dispersos con el momento actual y con las primeras líneas de esta nota? La tienen. Tiene una relación viva que crea el temor. Stratford está junto al centro fabril donde Britania ha de crear sus elementos de combate. Nada más fácil que un intento de ataque á ese centro, y nada más fácil que un error de algunos kilómetros. Si las bombas destinadas á Wolverhampton ó á Smedikh ó á Moostle, fueran por error ó maldad á herir al pueblecito quieto y florido, otro de los santuarios de la humanidad se habría perdido irreparablemente. Para algunos, la pérdida sería tan dolorosa como la de Reims ó la de Lovaina...

Luego de ocurrir habría lamentaciones y pretextos y disculpas. Gerard Hauptmann, el ilustre autor de *La campana sumergida*, escribió, hace poco, que prefería ser llamado descendiente de Atila en el triunfo, que hijo de Goethe en la derrota.

Estas palabras de uno de los grandes propulsores del ideal, hacen temerle todo. Y si esto ocurriera, cuando entre las ruinas de ese pueblecito vagaran las sombras tutelares, y Fausto que, según Mefistófeles, hasta cuando tiene el diablo en el cuerpo no se desprende del doctor, buscara en su dialéctica razones con qué disculparse ante Hamlet, éste, recogiendo de entre las ruinas la truncada cabeza de bronce del poeta, igual que recogió la cabeza de Yorik, podría justamente responderle como á Polonio:

—¡Palabras, palabras, palabras!



Alcoba donde murió Shakespeare

A. HERNÁNDEZ CATÁ



Cuentos Españoles

ÉXODO

Cuando Perico Manzanares embarcó en Gibraltar en el *Ambos Mundos*, mezclado con aquel montón de gente escuálida y triste que iba á tierras lejanas, en busca de una prosperidad quimérica, dió libertad á un suspiro tan hondo, que algunos de aquellos pobres compañeros de viaje, estatuas vivientes del dolor y la resignación, le miraron piadosos, dando una tregua á sus penas para pensar que acaso sería más trágico el drama de aquel señorito que llevaba en el rostro la inequívoca huella de una horrosa tempestad espiritual.

Perico Manzanares huía de España.

Tras los años de desenfreno, agotando su patrimonio y su salud en las locuras de las juergas y las casas de juego, siguieron otros de igual fiebre, dilapidando la herencia de Ana María, la dulce y sufrida mujer que Dios le deparó por compañera hasta que, al cabo, cuando ya no quedaba de qué disponer y el precipicio le atraía como una fuerza incontrastable, dió timos á los amigos, falsificó firmas y, por último, dos noches antes de su embarque, en el viejo Casino de aquella silenciosa ciudad de Pinareda, donde habitaba, mientras el giro de la bola de la ruleta absorbía la atención de los jugadores, Perico Manzanares se avalanzó á la cajita donde los banqueros iban guardando los billetes que los puntos canjeaban por fichas y se hubiera aprovechado del momento de estupor que causó su audacia á no haber sido por la valentía de uno de los croupiers, que, ganando de un salto la puerta de salida, detuvo al ladrón con la boca de una browning. Hubo un instante de lucha; en el inenarrable torbellino sonó un disparo, y mientras la cajita rodaba por el suelo y el croupier caía herido, Perico Manzanares lograba escapar dejando tras sí la más espantosa confusión.

ooo

A no ser por aquel niño tan avispado y tan lindo, Ana María no hubiera podido resistir tan frecuentes y rudos golpes.

Desde que dejó la angusta tranquilidad del pueblo, á donde fué Perico Manzanares á enamorarla y casarse con ella, y vinieron á la turbulencia de la ciudad, la buena mujer, amorosa y paciente, no halló momento de paz.

En vano procuró atraerle hacia la dulce senda del hogar; Perico Manzanares resucitó sus años de soltero huérfano y rico, y atento al veneno de todos los vicios, mató en el alma de la esposa la aurora del cariño, para dar paso al dolor de la resignación.

Cuando sobrevino la tremenda catástrofe, Ana María, fuerte como nunca, serena ante el espanto que la rodeaba, quiso salvar al niño de la vergüenza que les había puesto cerco.

Se acordó de que ía Angustias, con quien ella se había criado, vivía sola en el lugar lejano, allá en Los Villares, siempre pensando en su niña, pues sabía que no había de sonreírle la felicidad, casada con el tarambana de Perico Manzanares; y una mañana, cuando la justicia terminó de hacer un nuevo registro en el piso en busca del delincuente y más hosquedad notaba en su alrededor, como si en aquel espantoso naufragio no fuese ella la verdadera víctima, Ana María cogió á su niño y, metiéndose en el tren, fué á hundirse en Los Villares, escondido tras una tupida cortina de montañas, sin vías de comunicación, tal como un remanso para sanar de males del espíritu.

Tía Angustias esperaba á la pobre viajera, y al acogerla con dulce cordialidad, mientras se limpiaba unas lágrimas, que querían fugarse de las apagadas pupilas, mandó á la criada que echase en el ancho hogar unos brazados de tomillo y romero:

—Para que te sahumes, mi niña; que no te quede ni el olor de la ciudad. Y alabado sea Dios Todopoderoso que te manda á mi cariño.

Desde entonces, aunque Ana María estaba triste siempre, en la vieja casona de tía Angustias, la más blasonada del olvido y heróico Los Villares, famoso en la época de la Reconquista, pareció haber entrado una ráfaga de aire de vida nueva, fuerte y fragante, oreando la soledad de la anciana montañesa con la sonrisa de Pedrillo, el niño angelical que poco á poco iba espigándose, queriendo ser un hombrecito.



Tía Angustias, sabia más que discreta, procuraba no remover las cenizas del dolor, pero alguna vez se hablaba del ausente y entonces la anciana no podía ocultar la sinceridad de un reproche, contenido casi siempre; más Ana María terminaba pronto la conversación, teniendo las mismas disculpas.

Piedad era lo que merecía el infeliz. Analizando escrupulosamente, acaso no se le pudiera culpar de nada. Había abierto á la vida, en plena libertad, al borde mismo del abismo, y la emoción, aun la de las catástrofes, atrae. Así le aconteció. Como á Adolfo Martos, en Madrid; como á tantos otros.

Tía Angustias, como una sombra tutelar, abarcaba la cabeza de Pedrillo y, rotunda, daba por terminada la discusión, exclamando:

—A este no le acontecerá así, gracias á Dios. De aquí no ha de salir si á mí no me cierran los ojos, que otros aires podrían envenenarle. Jesús no lo permita.

ooo

No sé qué periódico de América trajo á Los Villares la noticia de la muerte de Perico Manzanares.

Y, como siempre, el respeto á los que abandonan el mundo escribió el perdón de aquella vida de infinitos desatinos y audacias reprobables, teniendo unas palabras piadosas para el desgraciado que trunció en plena lozanía las ilusiones de una santa mujer.

Bajo las enseñanzas de tía Angustias y el dulce amor de la madre, Pedrillo fué formándose noble y generoso, encantado en aquella santa paz de Los Villares, sabiendo de olivos y viñas y enamorándose con el terrazgo, que respondía con creces á la solicitud de la gente trabajadora.

Rezaba siempre por el padre muerto, allá muy lejos, cuando trabajaba para regalarle una fortuna, según le decía la madre; y para honrar la memoria del finado, al trabajo consagraría él su esfuerzo.

ooo

Una tarde de otoño, al crepúsculo, Aceituno, un viejo aguador de Los Villares, llenaba sus cántaros en la fuente que hay á un tiro de bala de la aldea, cuando llegó por el camino de Moraleda un hombre desconocido, ni mendigo ni señor, envejecido más que viejo, de vestiduras bastante gastadas, de revuelta y mal cuidada barba, polvoriento, agobiado por la caminata.

—Gracias á Dios que puedo refrescar—dijo el recién llegado, luego de dar las buenas tardes.

—Con hartura puede hacerlo, que el agua está como para ello, hermano—respondió el aguador.

Secóse el viajero el sudor que le caía por los surcos del rostro, mientras Aceituno le miraba atentamente y, al cabo, por una pregunta de éste á aquél sobre si traía largo camino, entablaron conversación.

—Sí, venía de lejos; iba de paso. Aunque no era de Los Villares, conocía á varias personas del lugar y habría de detenerse para saludarlas; preguntó por algunas familias, interesándose también por la de doña Angustias Corujeda.

—En santa paz viven ahora. Haciendo mandas de buenas obras por el alma del marido de Anita María. Y el muchacho, un hombretón como un roble; trabajando en las heredades como el primero, formalote y bueno que no hay que decir. Parece que Dios bendice la casa. Y bien se lo merecen, que no hay pobreza que no remedien, ni dolor que no consuelen.

Dobló el viajero la cabeza sobre el pecho. Y llanto ó sudor, unas gotas cayeron raudas entre la maraña de la barba.

—Qué, ¿venís hacia el lugar, amigo?—dijo Aceituno, al marcharse.

—Id con Dios, buen hombre; quiero descansar aquí todavía. Venía rendido.

Solo ya, hundido el rostro entre las manos, el caminante dió libertad á su dolor.

¿Con qué derecho iba á avanzar hacia el tranquilo poblado donde las vidas corrían mansas y serenas, como el agua cristalina de aquella fuente que allí mismo gorgoteaba?

¿Para qué, entonces, la resolución de dar noticia de su muerte, buscando, en la piedad á los que yacen, el olvido de las páginas vergonzosas de su dislocado vivir?

Es que se había sentido cobarde, si, cobarde, y ahora que se notaba vencido venía cruel, como una sombra de perenne dolor, á turbar la serenidad de otras vidas.

Heróico, con un gesto definitivo, se irguió repleto. Y lentamente, Perico Manzanares volvió á tomar por el blanco y polvoriento camino de Moraleda.

Encorvado, apoyándose en un grueso bastón, el pobre caminante era, hermano lector, como uno de esos romeros dolorosos que hallamos en las ruitas de la vida llevando en los ojos sangrientos y cansados el misterio de su historia.

LEOCADIO MARTÍN RUIZ

DIBUJO DE PENAGOS



LA ORQUESTA
NAVE SONORA

El lago del silencio se riza en leves ondas
 al paso del sonoro bajel de la armonía.
 Se despiertan los ecos dormidos en las frondas.
 Cada hoja es una lengua que canta al nuevo día.

Al unánime impulso de cien remos de plata
 el Bucentáuro avanza majestuoso y lento,
 y en el áureo cordaje de las arpas, el viento
 dice al agua dormida su doliente sonata.

Gimen los violoncellos, negros cisnes cautivos,
 curvando docilmente sus cuellos ondulantes
 bajo la presión de los dedos sensitivos
 que atormentan celosos, ó acarician amantes.

Son como surtidores las flautas cristalinas,
 y los metales fingen relámpagos sonoros.

Cascadas de diamantes las liras argentinas.
 El Bucentáuro avanza cargado de tesoros.

Súbitamente el agua del silencio se agita.
 Una tormenta surge cuando nace la aurora,
 y, al clamor de los truenos de timbales, palpita
 el corazón gigante de la nave sonora.

La tempestad enciende un fuego de armonías.
 Cada ola es una llama; todo el lago un volcán.
 Cantan los tripulantes un himno de agonías
 mientras manda, en el puente, heroico, el capitán.

Han prendido los rayos celestes en las velas
 del navío, el incendio, que un gran viento propaga,
 y en vano multiplican los remos sus esuelas
 sonoras, sobre el lago donde el bajel naufraga...

El incendio armonioso fué como una ilusión,
 el fuego de artificio de una polifonía
 fantástica. Del buque la frágil armazón,
 hundida en el silencio, está hueca y vacía.

Diríanse los restos del festín de una orquesta
 perdidos en las sombras de un salón de conciertos,
 después de terminada la sinfónica fiesta:
 Esqueletos de atriles sobre instrumentos muertos...

Cada violoncello en su negro ataúd.
 Las arpas enfundadas, el metal sin reflejos,
 y sobre el catafalco del piano un laúd,
 ¡y una danza macabra en los vagos espejos!...

Goy DE SILVA

DIBUJO DE ECHEA

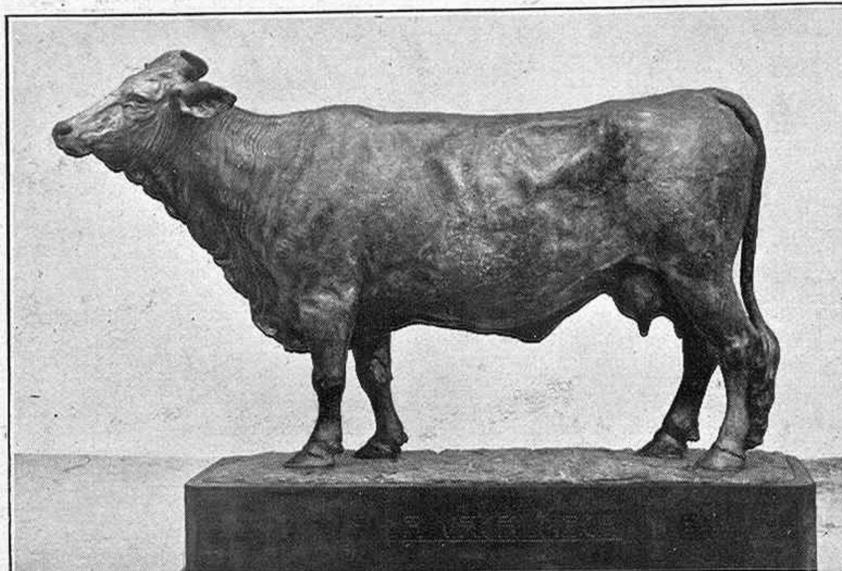
ARTISTAS
JÓVENES



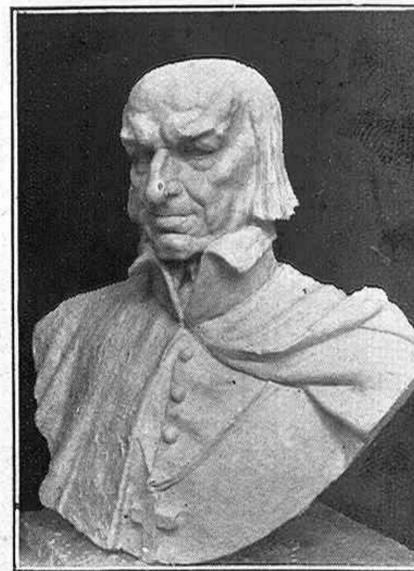
EL ESCULTOR LEÓN BARRENECHEA



"FRANCISCO DE QUEVEDO"



"LA VACA CIEGA"



"JERÓNIMO QUINTANA"

EN la última Exposición Nacional, lo menos importante ha sido la sección de Escultura. Pero esa misma insignificancia de la sección sirvió para que resaltarán brillantemente aquellas obras que por su mérito debían destacarse.

Una de estas obras era *La vaca ciega*. Había el autor de *La vaca ciega* buscado su inspiración en una admirable poesía, verdadera joya de la literatura catalana, original de Juan Maragall.

Ya esto acusaba un selecto espíritu de artista; porque no pensó en contorsionar una figura para mostrar conocimientos anatómicos, ni dió en elegir esos grupos amorosos que son tan fáciles de modelar como de titular, según hemos visto varios en la sección desdichadísima de este año. No. León Barrenechea, al concebir *La vaca ciega*, quiso ahondar en el espíritu de un gran poeta, representar un momento sentimental, difícilísimo de interpretar por hallarse encarnado en una bestia. Todo en su obra se adapta a la idea noble, emocionada, íntima, que inspiró al poeta Maragall. Un sentimiento íntimo de ternura nos invade ante la silueta bellamente modelada y en la que la dulzura total no excluye los aislados vigores de la ejecución.

La cabeza es muy notable. Se adivina la complacencia con que Barrenechea fué buscando la expresión desoladora del pobre animal ciego. Acaso el único reproche que pudiéramos hacerle fué el del patinado tan obscuro, casi negro, que si bien libró a *La vaca ciega* del desagradable aspecto de la escayola, tan incapaz de mostrar el modelado en toda su belleza, borró, en cambio, muchos detalles importantes y perjudicó notablemente al conjunto total.

El Jurado no estimó digna de recompensa a *La vaca ciega*.

No nos sorprendió este olvido del fallo, tan desdichadísimo y arbitrario.

La elevación moral, el delicado espíritu de Barrenechea merecían un premio.

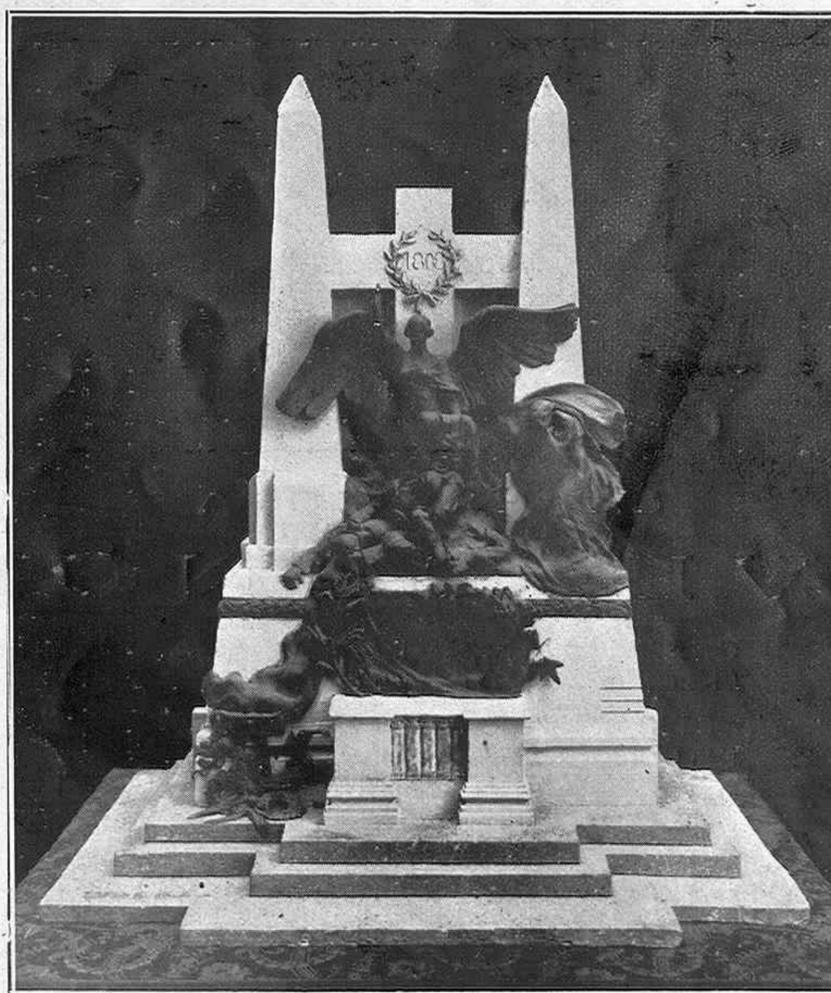


"TIRSO DE MOLINA"



LEON BARRENECHEA

En arte decorativo la riqueza imaginativa y el buen gusto de Barrenechea encuentran más amplio campo donde desarrollarse. Es, también, donde ha obtenido más positivos triunfos.



"PROYECTO DE MONUMENTO A LOS MÁRTIRES DEL 2 DE MAYO"

No andamos tan sobrados de escultores que sepan sentir y pensar...

León Barrenechea es joven. Apenas ha doblado el cabo de la primera juventud y ya tiene en su haber varios triunfos. Nació en Irún y desde muy niño se consagró a la escultura. Tiene un gran entusiasmo por su arte, que no perdió al ingresar en aquella «fábrica de monumentos» que constituía el estudio de Agustín Querol.

A pesar de las enseñanzas de Querol, Barrenechea tiene de la escultura el concepto sereno, tranquilo, que se debe tener y que es en nuestra época como un retorno a las edades clásicas.

En Barrenechea hay que estimar dos orientaciones claramente definidas: el retrato y el arte decorativo.

En retrato ha realizado obras tan notables de carácter y de técnica como el busto de D. Ricardo Torres Reina, los de los señores Verdugo y Zavala y el de la sutil figura de mujer *Flor de otoño*, premiada con mención honorífica en la Exposición Nacional de 1912.

En la primera Exposición Nacional de Arte Decorativo (año 1911), su relieve *Amor y Muerte* obtuvo tercera medalla. Al año siguiente, en un concurso nacional celebrado por el Círculo de Bellas Artes, obtuvo el segundo premio, y, por último, en la segunda Exposición Nacional de Arte Decorativo (año 1913) fué premiado con segunda medalla.

Y cuando se recuerda que León Barrenechea no ha cristalizado todavía su temperamento y su técnica, acusadas ya con tales firmeza y seguridad, no es muy aventurado nuestro optimismo de considerarle como una de las más legítimas esperanzas de la escultura contemporánea.

S. L.



"RETRATO DE MUJER"

DON CATALINO, HOMBRE SABIO

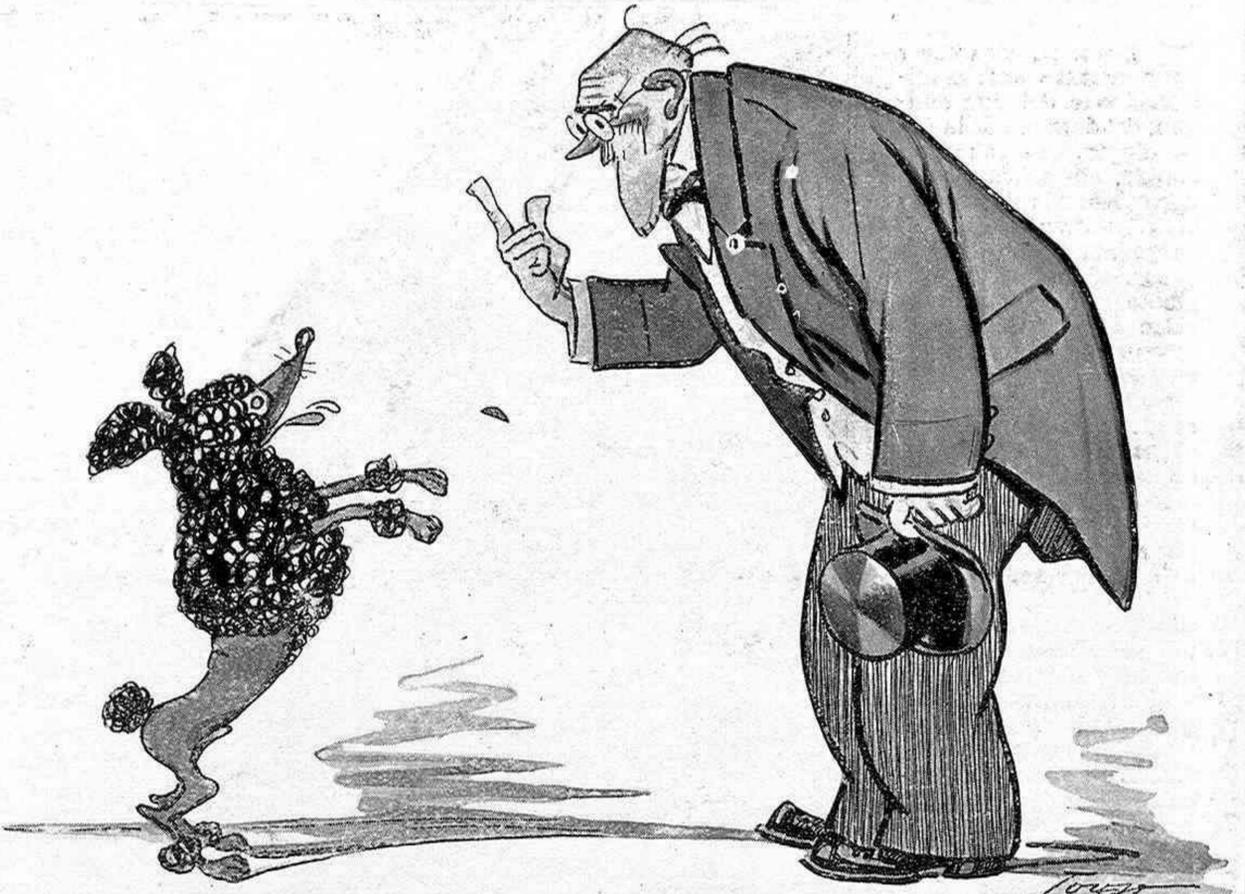
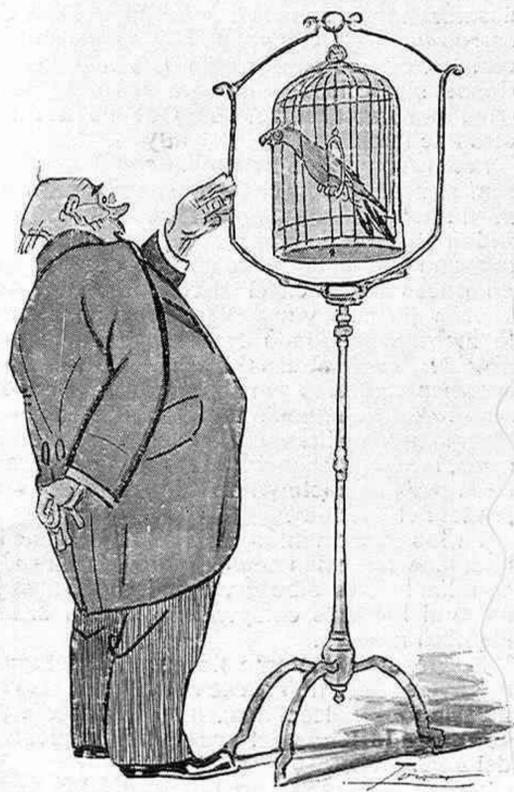
Fuí á ver á D. Catalino. Recordarán ustedes que D. Catalino es todo un sabio, esto es; un tonto. Tan sabio que no ha sabido nunca divertirse y no más que por incapacidad de ello. Lo que no quiere decir que D. Catalino no se ría; D. Catalino se ríe y á mandíbula batiente; pero hay que ver de qué cosas se ríe D. Catalino. ¡La risa de D. Catalino es digna de un héroe de una novela de Julio Verne! Y no diría yo que D. Catalino no le encuentre divertido y hasta jocoso, amén de instructivo, ¡por supuesto! al tal Julio Verne, deliciosa de cuando teníamos trece años. D. Catalino es, como ven ustedes, un niño grande, pero sabio, esto es, tonto.

Don Catalino cree, naturalmente, en la superioridad de la filosofía sobre la poesía, sin habersele ocurrido la duda—D. Catalino no duda sino profesionalmente, por método—si la filosofía no será más que poesía echada á perder, y cree en la superioridad de la ciencia sobre el arte. De las artes prefiere la música, pero es porque dice que es una rama de la acústica, y que la armonía, el contrapunto y la orquestación tiene una base matemática. Inútil decir que D. Catalino estima que el juego del ajedrez es el más noble de los juegos, porque desarrolla altas funciones intelectuales. También le gusta el billar, por los problemas de mecánica que en él se ofrecen.

Un amigo mío, y suyo, dice que D. Catalino es anestésico y anestésico. Pero anestésicos son casi todos los sabios. Al cuarto de hora de estar uno hablando con ellos se queda como acorchado y en disposición de que le arranquen, sin dolor alguno, el corazón.

Don Catalino cree en la organización, en la disciplina y en la técnica, y es feliz. Tan feliz como un perro de aguas que le acompaña en sus excursiones científicas. Al cual perro de aguas le ha enseñado, para divertirse, á andar en dos patas y á saltar por un aro. Por donde se ve que no estuve del todo justo al decir que D. Catalino no sabe divertirse. Aunque hay quien dice que no es por diversión, sino por experimentación, por lo que D. Catalino, perfecto mamífero vertical—que es la mejor definición del *homo sapiens* de Linneo—ha enseñado á su perro á verticalizarse, es decir, á humanizarse.

Además, D. Catalino le ha enseñado á un loro que tiene á decir: «dos más tres, cinco» y si no le ha enseñado $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$ ó el principio de Arquímedes—«todo cuerpo sumergido en un líquido, etc.»—es porque esto resultaba demasiado largo para un loro. Y D. Catalino se empeña que es mejor para el loro el que aprenda eso de «dos más tres, cinco», que no «lorito real, para España y para Portugal» ú otra vaciedad por el estilo. Vaciedad, así la llamaba



él. Y no pude convencerle de que en boca del loro tan vaciedad es el «dos más tres, cinco» ó un axioma cualquiera.

—No—me decía D. Catalino—ya que los loros hablen que enuncien verdades científicas.

—Pero, venga usted acá, D. Catalino de mis pecados—le dije—dejando á un lado eso de verdades científicas, como si no bastase que fueran verdades á secas, ¿usted cree que un axioma ó el principio más comprobado es, en boca del loro, verdad? Ni es verdad, ni es nada más que una frase.

—La verdad es algo objetivo, independiente de la intención y del estado de conciencia de quien la enuncia.

Y D. Catalino se disponía á desarrollar este luminoso apotegma y á demostrármelo por a más b , cuando me puse en salvo. Porque don Catalino, sabio anestésico y anestésico, es más objetivo todavía que las verdades científicas que enuncia. Y no hay nada que me desespere más que un hombre objetivo.

Inútil decir que á D. Catalino se le conoce mucho más y mejor en Alemania que en esta su ingrata patria. Como que yo creo que aquí se empezará á conocerle cuando se traduzca su gran obra de la última traducción alemana. Don Catalino está en correspondencia con los grandes espadas extranjeros de la especialidad que cultiva, con los don Catalinos de Europa. De Europa como unidad intelectual, por supuesto.

Don Catalino se lamenta de nuestra ligereza, de nuestro exceso de imaginación. Esto del exceso de imaginación, que es una manía de don Catalino, es una manera de decir, porque nuestro sabio, hablando de imaginación, es como un buey mugiendo amor. Un día le encontré apenadísimo y casi indignado. Yendo de viaje, en un momento de distracción tentadora, se le ocurrió leer una crónica de Julio Camba y luego me decía: «¡esto no es serio... esto no es serio!...»

—¿Y qué es lo serio, D. Catalino?—le pregunté.

—Bueno, dejémonos de paradojas—me contestó—. Eso que yo le digo á usted, amigo don Miguel, es que, á título de humorismo y por hacer reír á las gentes, se produce un lamentable espíritu de irreverencia hacia la Ciencia...

No se descubrió al pronunciar la palabra Ciencia—y la pronunció así, con letra mayúscula—pero es porque estaba ya descubierto. Yo volví á ponerme en salvo, de miedo de que intentara demostrarme que es pernicioso para un pueblo el espíritu de irreverencia para con la Ciencia y sus abnegados cultivadores.

Como se ve, cada vez que me pongo á tiro de

D. Catalino acabo por escaparme, buscando ponerme en salvo. Y es que tanto que acabe por convencerme de algo, que sería para mí lo más terrible que pudiera sucederme.

Fuí, pues, como dije, á ver á D. Catalino. Quería conocer su opinión respecto á esta guerra. Es decir, respecto á la guerra precisamente, no, sino respecto á los zeppelines, á los submarinos, á los morteros del 42 y á los gases asfixiantes. Esperaba oírle cosas regocijantes y peregrinas sobre esos grandes adelantos de la ciencia aplicada. Pero apenas me tuvo D. Catalino á tiro me espetó á boca jarro, este epifonema:

—Hombre, me alegro verle á usted, para decirle que cada vez le comprendo á usted menos.

—¡Tanto honor!...—exclamé.

—¿Cómo honor?

—Honor, sí. El no ser comprendido por un sabio, y por un sabio como usted, D. Catalino, es uno de los más grandes honores.

—Pues, no le comprendo...

—Yo sí comprendo que usted no lo comprenda. Porque ustedes los sabios estudian las cosas, pero no los hombres...

—Hombre, hombre, amigo D. Miguel... Hay antropólogos, es decir, sabios que se dedican á estudiar al hombre...

—Sí, pero como cosa, no como hombre.

—Y psicólogos...

—Sí, que estudian también el alma objetivamente, como una cosa...

—¡Ah—exclamó—usted es partidario, sin duda, de la introspección! Pues verá usted...

—No, no veré nada—le dije, aterrado—me acuerdo de repente que tengo una cita. Volveré otro día...

Y me escapé una vez más. Fuíme á casa á leer un poeta cualquiera, el menos científico, forzosamente convencido de aquella verdad de que si el poeta es loco, el sabio, en cambio, es tonto de capirote. Y entre oír los graciosos embustes de un loco ó las ramplonas verdades científicas de un tonto no cabe duda alguna. Me divierten más las aventuras de Belerofonte ó la leyenda de Edipo, que no el binomio de Newton. Y en cuanto á utilidad, como al fin y al cabo se ha de morir uno... La cuestión es pasar la vida divertido. Y aunque me divierto con D. Catalino, puedo asegurarles á ustedes que D. Catalino no me divierte. No pasa de ser para mí una rara estética; quiero decir, un sugeto para bromas de mal género, como con esta semblanza pretendo darle. ¡Porque cuando la lea!...

MIGUEL DE LINAMUNO



ZARAGOZA MONUMENTAL

SIEMPRE hay tema en la capital de Aragón, la Inmortal, para hacer unos apuntes ante manifestaciones del arte antiguo, del dominio de la Arqueología. Aquella gran ciudad, simpática y bella por excelencia a pesar de vicisitudes varias, aún alberga monumentos numerosos, admirables, que la pátina de las centurias los atrae a nosotros y nosotros vamos ante ellos poseídos de respetuosa admiración; nos hablan de edades pasadas, de grandezas que no hemos sabido acrecentar...

Zaragoza tiene importancia por sus templos, por sus campanarios mudéjares, por sus palacios del *Renacimiento*, aunque ya casi han desaparecido; por sus *Sitios*, de los que quedan escasos vestigios, y sobre todo por su Virgen del Pilar.

Aquella imagen de María, el Pilar adorado por centenares de generaciones, considerado por propios y extraños como faro luminoso de Reyes, de guerreros, de eclesiásticos, de artistas, de labriegos, de desheredados, es el refugio adonde conscientemente se va en pos de la calma del espíritu y en busca de ánimos para continuar la carrera de la vida; no muy lisonjera y sí muy ingrata.

En la morada de la Señora ya no se cobijan tantas bellezas producidas por el arte de generaciones varias, ya remotas, pues desaparecieron las más al elevar el templo actual, que si Herrera el Mozo, de los tiempos desdichados de Carlos II, lo planeó y construyó en parte, Ventura Rodríguez lo reformó con indumentaria arquitectónica, grecó-romana, y lo amplió, construyendo a la vez grandioso templete de mármoles y alabastros, bronce y plata, ofrendados a la Virgen, cuyas glorias pintaron en platillos y cúpulas, Goya, Bayeu y González Velázquez. Las cúpulas, las torres, los copulines y linternas de su exterior, de su coronamiento, reflejadas en las aguas de corriente tranquila generalmente, brava en días de excesivas lluvias ó deshielos; el paisaje que bordea el Ebro, los puentes, los edificios inmediatos, que aún en algunos de ellos emergen torreones, todo constituye una atracción, un encanto, una visión imborrable para el viajero que llega y sabe admirar.

ooo

Interesantísimo para artistas y arqueólogos, es el campanario, alminar, de la parroquia de la Magdalena; es el más antiguo y el más espléndido ejemplar del mudéjarismo de este género, que en aquella urbe queda en pie, en la que tantos modelos de tal arte atesora y tan ricos y únicos ostenta. No tiene recelo, no debe tenerlo de aquellos otros alminares, también, como él, de planta cuadrada, que son orgullo legítimo de la ciudad de los *Amantes*. Monta tanto...

La ornamentación está distribuida en zonas y subdividida por fajas; el esmalte de los azulejos, de sus platillos, estrellas y columnitas, si el sol los baña, produce notas vibrantes, cálidas, armónicas, que la paleta del artista no alcanza a dominar; los ladrillos de formas diversas, dibujan tejidos de bajorrelieve, grecas de picos de sierra, casetones, arcos lobulados, enlaces, y ajimeces unas veces ojivos y otras con arco de



Puerta del Carmen, del siglo XVIII

medio punto: tuvo el campanario coronamiento de almenas, que desapareció en 1530 para añadirle un sencillo cuerpo el constructor Alcober, y para coronarlo con un chapitel agudo, que en su remate planta un gallo de metal, símbolo de aquel barrio. Así como en las torres turolenses de los templos de San Martín y San Salvador, en su parte inferior rasgaron un arco ojivo que sirve de pasaje para el público, esta torre de la Magdalena se macizó en su tercio inferior y el pasadizo de la calle del Organo; fué construído descansando su bóveda en los muros del alminar.

Es un fondo del que el artista puede sacar partido.

ooo

Recuerdos del palacio más celeberrimo de cuantos hubo en Zaragoza en el siglo xvi, que llegaron a nosotros, es el apunte de galería con alero ó *rafé* de tejado; reúne dos elementos de los que se labraron en abundancia en la ciudad, que el modernismo los hace desaparecer con más aceleración que se construyeron. Palacios con atrios de columnatas, rememorando los de la clásica casa romana, hubo bastantes en Zaragoza; los hubo aún más notables, como el de Torrellas, que conocemos por un grabado de Parcerisa y por algunos dibujos inéditos; pero ninguno como el más generalmente denominado *Casa de la Infanta* llegó a interesar tanto y a discutirse con calor su conservación, ocasionando protestas cuando se incendió (1), cuando

(1) Véase la revista de Bellas Artes *España Ilustrada*, de mi propiedad y dirección, año segundo, núm. 18, 30 de Septiembre de 1894.—N. del A.

se demolió y fué a parar la obra de estucos del patio a país extraño, previa venta.

Esta galería que he apuntado corresponde al piso superior; tenía antepecho con bustos de alto-relieve y motivos ornamentales, el cual antepecho descansaba en labradas vigas, talladas zapatas y columnas escultórico-arquitectónicas de un gusto exquisito, de elegancia suma. Este patio, la escalera principal, grandiosa, otra secundaria y algunas ventanas, fueron labradas por el *Berruguete aragonés* Martín Tudela (a) *Tudelilla*, de Tarazona, orgullo y de Aragón gloria, pues no fué a la zaga del Berruguete castellano, de justa fama.

El alero de maderas entalladas, bello, me trae a la memoria otros espléndidos del *Renacimiento* zaragozano, que aún coronan el ex palacio de Argillo y la puerta lateral de la parroquia de San Pablo, la de la monumental torre octógona, mudéjar.

ooo

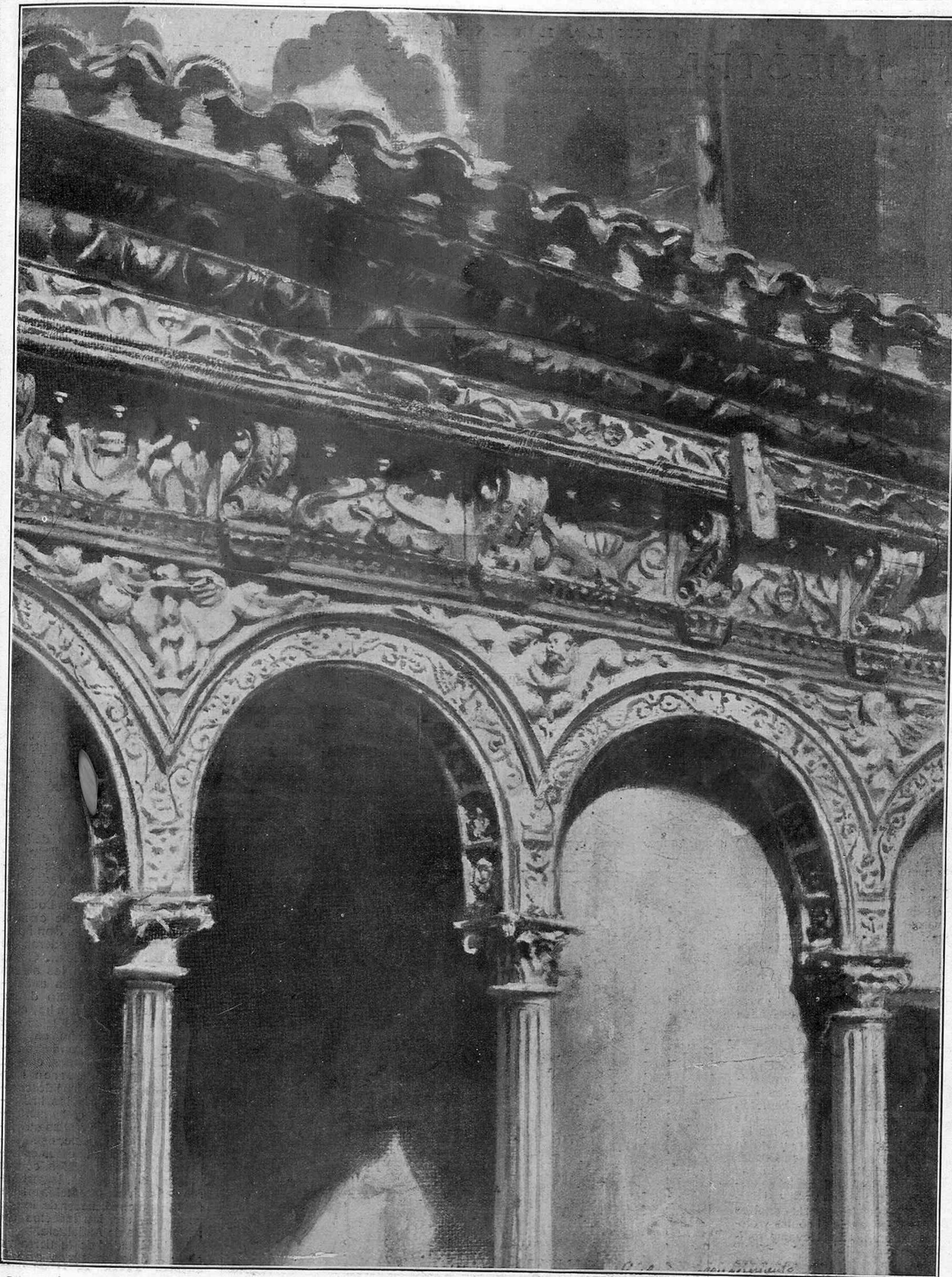
El primero de mis apuntes, como otros muchos inédito, en cuanto a la fecha del monumento reproducido, da un salto, pues corresponde al siglo xviii. Como obra de arte poco de grandioso ostenta, aunque desmochada, sin el león de la ciudad que sobre la *Puerta del Carmen* colocaron, con sus tres ingresos, sus agujeros y roturas; es una reliquia ante la que el Rey Amadeo, todo corazón, descubrióse: su intelecto, su entusiasmo, le retrotraeron a las páginas gloriosas, imborrables, escritas con sangre aragonesa en los comienzos del siglo xix. Se pidió el aislamiento de este monumento histórico; se acordó acaso; pero la puerta continuará haciendo servicio y se irán desmoronando sus piedras por los golpes de los carros que bajo ella pasan con cargamentos excesivos, que no son de palmas y laureles victoriosos, simbólicos, y no será poco si no se derriba por *innecesaria*, como se ha hecho con otras de la ciudad.

Progresos de los tiempos. Cuando los franceses, por Napoleón el *Grande*, intentaron dominar la población, esta puerta, con tabloncillos cruzados y sacos de tierra, fué una de las que contuvieron el avance, produciendo sus defensores no pocas bajas en el ejército invasor. Ahora, sobran puertas y murallas, sobra el heroísmo; la metralla mandada desde terrenos lejanos, ó *llovida* desde alturas increíbles, destruye no solamente puertas sencillas, murallas endebles, sino fortalezas que se tuvieron por inexpugnables, templos pétreos, colosales, poblaciones enteras, inofensivas muchas veces; la locura ayudada por la ciencia ya no ama el ideal heroico, prefiere el suicidio.

Ya los monumentos admiración de las edades humanas no están seguros de vida larga, pues con las luchas aéreas y con los cañones colosales ni las más estupendas preseas artísticas merecen respeto.

Por lo dicho, cuanto tienda a perpetuar tales maravillas, cuanto más se reproduzcan las obras de arte y se coleccionen, más laudable y previsora será la labor del artista, del arqueólogo y del *amateur*.

ANSELMO GASCÓN DE GOTOR

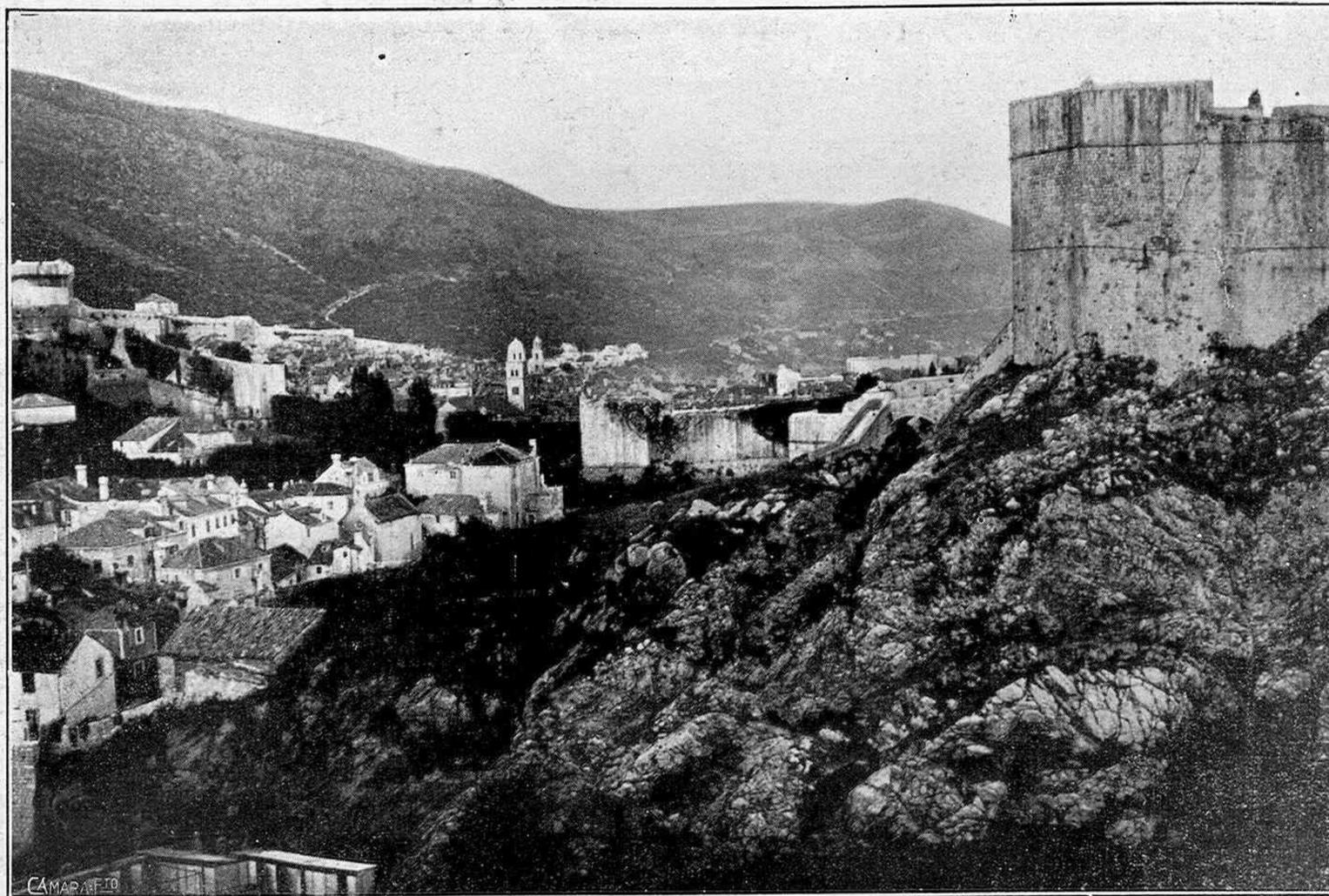


GALERÍA DE LA CASA DE LAPORTA, DE ESTILO RENACIMIENTO ESPAÑOL, UNA DE LAS JOYAS MÁS PRECIADAS DE ZARAGOZA

DIBUJO DE GASCÓN DE COTOR

ATLANTIDE
BIBLIOTECA
MIRID

EN LA LÍNEA DE FUEGO
NUESTRA HERMANA LA DALMACIA



Vista parcial de Ragusa

NUESTRA hermana?... En las muchas y estériles correrías de los hispanos por esas tierras de Dios, jamás los españoles fuimos a la costa oriental del Adriático. En aquel revoltijo de razas y mescolanza de sangres, por verdadero milagro habrá gota española. No, no puede decirse nuestra hermana la Dalmacia... Y, sin embargo, he aquí a la Naturaleza ayudando y asimilando lo que los hombres, en su ciego caminar sobre la faz de la Tierra, no han sabido unir y acoplar. Porque, recorra usted, amigo mío, esta costa desde Cattaro a Trieste mismo y se creará estar recorriendo las playas y los valles de Andalucía. Aquí los árboles de hoja perenne muestran su verdor bajo los fríos del invierno, fingiendo una promesa de próxima primavera; en Lissa y en Ragusa se alzan las majestuosas palmeras; en Cannosa los bosques de plátanos inclinan al suelo sus enormes hojas; en las vertientes de Almissa se extienden los viñedos lujuriantes que producen el moscatel, y en las cercanías de Ragusa los que dan el vino malvasía, competidor en los mercados del producido en Málaga; matizan los campos los bosquecillos de almendros, higueras y granados, ó los dibujan con sus callejas interminables las hileras de olivos... ¿Está usted en Córdoba, en Sevilla, en Granada?... Aquella paz augusta, de una naturaleza espléndida, se turba de pronto por un vendaval desapacible, que transporta arenillas y con ellas azota el rostro y ciega los ojos... ¿Es el levante gaditano?

No, es el siroco, que viene del desierto libio y se caldeó en el fuego del mar Rojo y en los arenales egipcios. Otro viento le

sustituye tan enojoso y molesto; parece el terral malagueño; es el mistral, arrancado de las llanuras asiáticas, que ha cruzado el mar Negro y se ha ido desgarrando, de picacho en picacho, en los montes balcánicos... Sí; esta es, por obra de la Naturaleza, nuestra hermana la Dalmacia, región creada en el refugio adriático para la vida dulce y apacible que cantaron Horacio y Fray Luis de León, y que la locura humana, más fiera que el siroco y el mistral, ha devastado y arrasado constantemente a través de los siglos con

sus invasiones y sus guerras. Y luego, la tierra fecunda y pródiga, ha restaurado estas desolaciones floreciendo sobre los campos devastados y sobre las derruidas piedras manchadas de sangre. Si esta similitud, si este parecido con Andalucía no se advirtiera en cada lugar, en cada valle, en cada trozo de paisaje, estaría en infinidad de detalles que acumuló la prolija Naturaleza. Por toda la Dalmacia, al abrigo de las montañas, se extienden viñedos que producen un vino rojo. Los fabricantes de vinos de Burdeos, á pretexto de *coupage*, triplican sus cosechas, añadiéndoles vinos nacidos en todas las latitudes. Y este vino rojo de Dalmacia se mezcla en las bodegas bordelesas, únicamente con el vino rojo de Alicante. Son iguales é igualmente se apoderan del aroma del vino francés... Como en los campos y en las aldeas y en las viejas ciudades andaluzas, mejor dicho, como donde quiera que en Andalucía hay cuatro pedruscos ó unas tejas que puedan servir de cobijo, en Dalmacia las lagartijas, con sus largos rabillos cimbreantes, con su gallarda agilidad, corren bajo vuestros pies y os miran descaradamente con sus ojuelos brillantes. Sus insectos, estas mariposas aligeras, estas abejas que laboran la miel de Sotta, estos escandalosos grillos, estos escorpiones y estas tarántulas, con su guitarra en la panza, inspiradoras de la divina tarantela, menos napolitana en su nacer de lo que se cree..., son los insectos característicos de Andalucía.

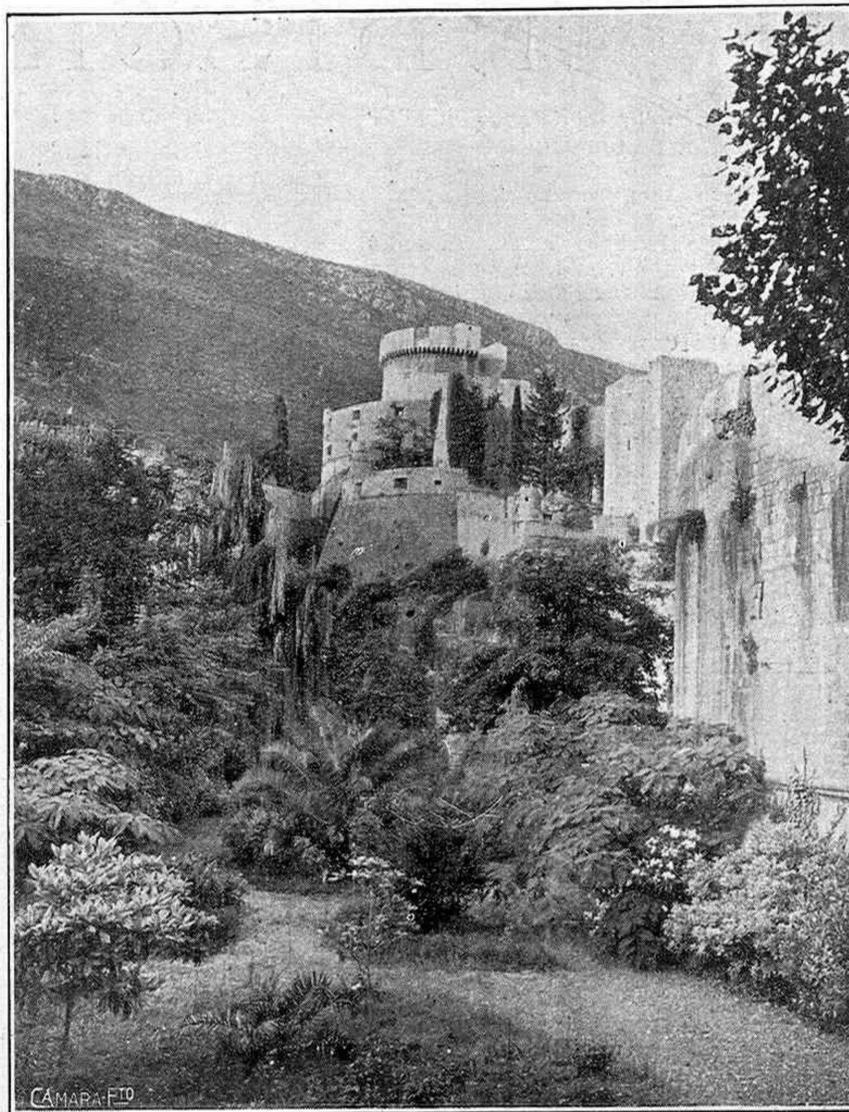
La hermandad de la tierra no alcanza á los hombres que la pueblan. Acaso, en el misterio insondable de los orígenes humanos, en la llamada, justa si



Puerta romana en Zaza



La gran torre del Reloj, de Cattaro



Murallas romanas de Ragusa

no elegantemente, la noche de los tiempos, una emigración de orientales, huyendo de trastornos geológicos ó de otras razas más fieras ó buscando hambrientos tierras fecundas, dejó un grupo de hermanos en la Dalmacia y condujo otro grupo hasta Andalucía, pero de ese peregrino primitivo no queda nada. Allí, como aquí, los romanos, los godos y los hunos van yuxtaponiendo sus caracteres sobre la raza vencida, pero á partir del reino ostrogodo de Teodorico, la diferenciación se establece y acentúa. Es el imperio bizantino agregándose aquellas tierras, son los croatas invadiéndolas por el Norte y los serbios por el Sur, son los francos venciendo á unos y á otros y luego, cuando ya la república de Venecia se alza poderosa, establece una lucha fiera con Turquía para dominar aquella costa, que pasa alternativamente de unas á otras manos, una, dos, tres veces, hasta que un Rey de Hungría la arrebató á unos y á otros. Y así, en esta lucha constante, en esta opresión inacabable, sufre aquella tierra y se forja aquella raza en la que un veintisiete por ciento procede de los servo-croatas y un tres por ciento de los italianos, quedando aun un setenta por ciento de la población formado por alemanes, checos, eslovenos, madgyares, turcos, albaneses, italianos modernos... En un revoltijo así, ¿qué pueblo podrá decir que tiene, por razones étnicas, derecho á dominar aquella tierra y organizarla políticamente, según sus ideas? Acaso, la última razón de derecho, sean los sucesos que padeció en el siglo último. En 1797 la recobró Austria, pero en 1805 tuvo que cederla á Napoleón, quien constituyó con ella el reino de las provincias Ylirias. Vencido Napoleón en 1814 pasó á poder de Austria nuevamente.

Cada vez que las naciones se alborotan se habla de liberar á estos pueblos, á los que el azar histórico no permitió llegar á constituirse con personalidad propia, pero luego, cuando la paz se res-

tablece, los diplomáticos cogen un mapa y unas tijeras y cortan naciones como les parece. En la Dalmacia, como en todo pueblo sometido, hay un ideal nacionalista, que alguna vez amenazó con graves perturbaciones, pero ese es un ideal eslavo. En Dalmacia se soñaba con una unión, en nación independiente, con la Croacia y con Eslavonia, y, más tarde, en una total federación de los eslavos del Sur, y á ninguno de esos ideales puso Austria trabas de persecución y de castigo. Los que han luchado contra ese ideal fieramente, denodadamente, han sido los dálmatas de origen italiano y los italianos puros recientemente emigrados. Administrativamente, Austria había concedido una autonomía federada á Dalmacia, Croacia y Eslavonia y antes aún, como Cattaro se sublevó contra un proyecto de ley de Reclutamiento militar, el Gobierno austriaco no apeló á la fuerza para someter á los

amotinados, sino que retiró del Parlamento el proyecto de ley perturbador.

¡Así es esta tiranía austriaca, de la que abominamos los empecatados centralistas, que hemos traducido del francés nuestro desdichado régimen político! Porque sepa usted, lector amigo, que la Dalmacia vive en un régimen de autonomía que le permite tener su Constitución especial y su dieta con cuarenta y tres diputados. Salvo la soberanía, salvo aquello que en ninguna Federación pertenece sino á la totalidad nacional, la Dalmacia vive su propia vida, hace de sus intereses lo que le place, tributa como quiere, organiza sus municipalidades como se le antoja, y por si esto fuese poco, gracias al régimen representativo, además de los dos diputados que por sufragio universal elige para el Parlamento austriaco, envía allí seis diputados de sus comunidades rurales, dos de sus Cámaras de comerciantes y uno de la de contribuyentes y propietarios. ¡Pobre labrador español, ahí tienes un espejo de esclavitud envidiable!

¡Tan envidiable como este admirable licor, cuya fama llena el mundo! El marrasquino de Zara. Sin duda, este licor fué una invención romana. Rodean á este lindo pueblo unos bosques de ciruelo. No los hay par en todo el mundo. Y de sus ciruelas se hace el marrasquino. Zara tiene una puerta romana; en antiguos documentos, piedras y papiros se halla la noticia, reiterada y repetida, de que los romanos de la decadencia se iban á la costa dálmata, á Zara especialmente, á correrla larga y cumplida... Como los madrileños de esta edad de oro del tío Camorra. Y en una de esas inventaron el marrasquino. ¡Licor de diosas y de ninfas!... ¿Y va Italia á bombardear, si puede, esta costa bella, riente, de verdor perenne, con sus bosques y sus viñedos, donde la diosa Ceres derrama sus gracias y extiende sus bendiciones?...



El Ayuntamiento de Zaza

MÍNIMO ESPAÑOL



INDISCRECIONES

DAN las siete en el reloj de aquella biblioteca, la biblioteca de un club. Las campanadas sordas suenan como el eco del *Angelus* de las campiñas. Los grandes ventanales dejan llegar la algarabía de los pájaros y el rumor de las regaderas en el vecino jardín. Ya se ha ensombrecido la amplia sala, con sus armarios. Tal cual aislado lector encendió su lámpara. En la mayoría de los pupitres yacen abandonadas y esparcidas las cuartillas sobrantes. Refrescó la tarde en su crepúsculo, pero flota en el aire la densa fatiga del trabajo sobre los libros. Ambiente melancólico y de desilusión.

Juan Antonio cierra de un golpe el volumen en que leía cosas transcendentales, saca la pilleira, se repantiga en el sillón de cuero, principia á fumar con una ensimismada indolencia.

Al lado suyo, encórvase hacia un atlas, y lo escudriña con la lupa, Rafael, que prepara sus oposiciones de consul. Por último, suspende la labor y todo alborozado se lanza á cantar una tonada napolitana, moviendo los brazos, convirtiendo la lente en una batuta.

JUAN ANTONIO

¿De dónde vienes?

RAFAEL

Hoy he recorrido toda Europa.

JUAN ANTONIO

¿Sin pasaporte?

RAFAEL

¿Qué más pasaporte que mi papeleta de examen? Mañana me examino.

JUAN ANTONIO

Que no te inutilicen el pasaporte en las aduanas...

RAFAEL

¿Y tú?

JUAN ANTONIO

Ya ves. Como siempre. Este cigarrillo es un símbolo: tengo el fuego en la mano y no sirve más que para hacer humo.

RAFAEL

Oye, ¿y la muchacha aquella del otro día, la de la Exposición? ¿No te acuerdas? Una morenaza que se reía de las explicaciones tuyas delante de *La Gracia*, de Romero de Torres.

JUAN ANTONIO

Sí, hombre, sí... Asunción... Estábamos citados á las siete para dar una vuelta en coche por la Moncloa... No he querido ir.

RAFAEL

¿Donjuanismo?

JUAN ANTONIO

Nada de eso... Nos habíamos propuesto representarnos para nosotros mismos la comedia de unos enamorados... ¿Comprendes? De sobra sabemos ella y yo que no nos queremos para novios... Sin embargo, á ella le gusta oír hasta versos, si acompaña al tamborileo de la rima el murmullo de las ruedas de un fiacre resbalando en la arena y á mí que me oigan devotamente...

RAFAEL

¿Por qué no has ido?

JUAN ANTONIO

¿Y me lo preguntas tú, y después de leer el pensamiento que coloqué en el álbum de tu prima? Mira: al hablar yo á Asunción tenía que imaginarme que hablaba á otra mujer, á la mujer soñada... Pues resulta que estorba Asunción... Aquí del pensamiento del álbum: la hermosa desconocida va más cerca de nosotros que la mayoría de las mujeres que llevamos del brazo. La hermosa desconocida va en nuestro corazón.

RAFAEL

Bueno; pero tú dices que Asunción escucha en silencio, como si te dirigieses á un fantasma evocado por tí... ¿No sientes la voluptuosidad de que sepan escucharnos extática, pasivamente?...

JUAN ANTONIO

¡Alto! Acabas de poner el dedo en la llaga.

RAFAEL

No comprendo...

JUAN ANTONIO

Casi todas las mujeres españolas escuchan pasivamente...

RAFAEL

Extáticamente...



JUAN ANTONIO

No. Nada de éxtasis. ¡Todo pasividad! Es horrible. Por eso yo no puedo enamorarme de ninguna de esas deliciosas criaturas que tú y yo tratamos, esos monísimos *bibelots* de la calle de Alcalá... Ni siquiera sirven para un coloquio engañoso y pintoresco como el que pensábamos sostener Asunción y yo... Lo tomarían en serio, al final, y no porque se despertase en ellas un sentimiento, sino por la fuerza de la pasividad.

RAFAEL

En último caso, ¿qué importa que lo tomasen en serio? Mejor; si era bonita, sí...

JUAN ANTONIO

Bonita, simpática, interesante y sincera, completamente sincera.

RAFAEL

¿Entonces?

JUAN ANTONIO

La mujer española, como todas las mujeres y todos los hombres, nacen sin que nadie le pida permiso para echarla al mundo. Morimos de la misma manera, por la voluntad de los dioses. Pero hay otras ocasiones de nacer en medio de la vida. Nacimos blancos ó negros sin que lo podamos remediar. Solamente nos queda el recurso de la elección en los valores complementarios de nuestra existencia. La mujer española no elige. Pasas por su lado y adivinas en sus ojos un inefable ofrecimiento de ternura, no para un tipo ideal de hombre, sino para el hombre que se decida á quererlas, que ya es un hombre ideal. ¿Sabes? Son como el metal ya líquido pronto á volcarse en el molde que sea.

RAFAEL

La moral del país las obliga á esa pasividad.

JUAN ANTONIO

No discuto las causas. Lamento y sufro por los efectos... A los ocho días de noviazgo, esas muchachas te quieren y te quieren de verdad, sueñan en tí, reclaman constantemente la presencia tuya... ¿Amor? Gratitud no sospechada por la misma novia... Total, que te desilusiona contemplar el tapiz del revés.

RAFAEL

Es curioso: mientras somos jóvenes, fuertes, incluso seductores, ¡qué caramba!, no creemos nunca del todo que nos quieran por nosotros mismos, porque sí, por la gracia de Dios... En cambio, no hay viejo verde que no se crea idolatrado por sus protegidas...

JUAN ANTONIO

Y llevamos razón los jóvenes. ¿Tú ves esa novia que te adoraba? Rompes el noviazgo y al mes, á los dos meses, adora con idéntica sinceridad, con verdadera sinceridad, que es lo peor, á cualquiera, á un quidam... Porque esto sí que no me lo explico yo... ¿Cómo una mujer que ha suspirado por el Caballero de los Espejos, puede ni siquiera mirar á Sansón Carrasco? ¡Siempre la pasividad!

RAFAEL

No olvides aquello que ha dicho alguien: la mujer no ha nacido para que se la comprenda, sino para que se la ame.

JUAN ANTONIO

Esfinges...

RAFAEL

Va de la mujer á la esfinge lo que del gato al tigre. Unas esfinges que un día revelan su secreto á un héroe y otro día á un buen chico que se retrata en postal y con la toga y sin olvidar el reloj de pulsera.

JUAN ANTONIO

Pero ¿tienen un secreto?

RAFAEL

A veces, preciosísimo. Recuerdo que una amiga mía me ofreció en una ocasión unas flores... Supuse que las flores escondían algo terrible... No puede uno olvidar los estudios universitarios, y aquellas pámpanas en que Cleopatra ocultó el áspid... Agarré el ramillete y en seguida pedí á mi amiga que me mostrase el otro brazo, el que llevaba pegado á la espalda, el brazo del traidor que empuña el arma del crimen... ¡El secreto de mi amiga era una mano encantadora!

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

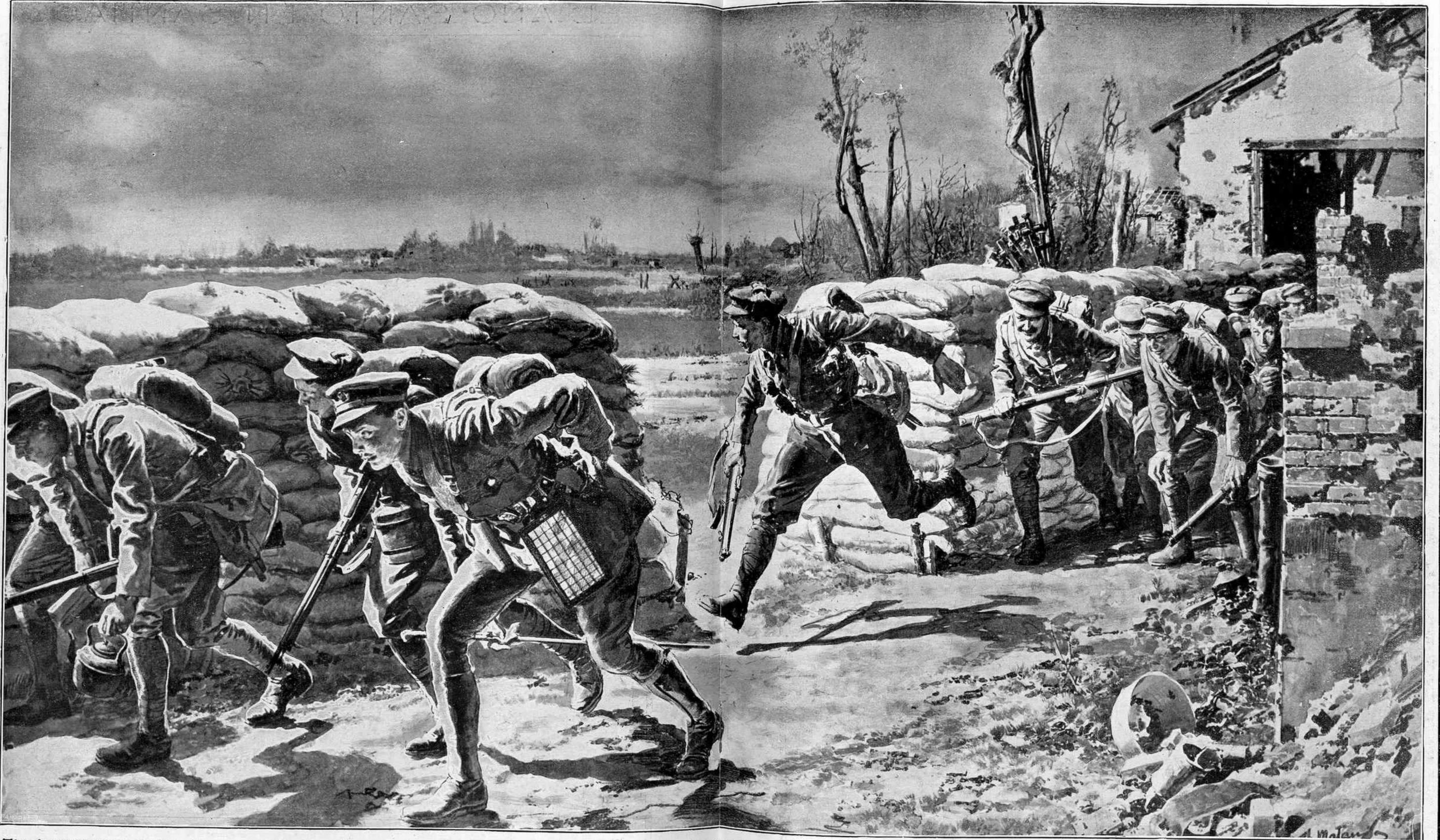
DIBUJO DE MEDINA VERA

EL AÑO SANTO EN SANTIAGO



Una nota pintoresca de las tradicionales fiestas que la ciudad de Santiago celebra anualmente en honor de su Patrono el Santo Apóstol, y que al presente, por ser *año santo*, han de alcanzar mayor esplendor que otras veces. La víspera de Santiago quémanse los fuegos artificiales, que son famosos por lo abundantes y lo artísticos. Perfilanse con bengalas las esbeltas líneas de la Catedral, y al incendiarse eléctricamente todas, sorprende y encanta á todos la exactitud y la uniformidad con que cambian ellas el color de sus líneas, dando al hermoso edificio el aspecto de un fantástico templo de fuegos cambiantes

DIBUJO DE CAULA



Tiradores ingleses desfilando por una trinchera de comunicación entre una granja semidestruida y las posiciones centrales, para defender un lugar amenazado por los alemanes en la frontera franco-belga
Dibujo de F. Matania

PÁGINAS POÉTICAS

La primera sonrisa...

Temprana flor, riente y perfumada
con exquisita esencia
de juventud dorada
que brilla en el fulgor de una existencia
con la espléndida luz de su alborada;
figulina viviente,
que flota en el ambiente
como gaya y sencilla mariposa
de etéreas alas de color de rosa...;
si acaricia tu mente
la ilusión ó el deseo,
si el primer devaneo
de un amor incipiente
te brinda una esperanza lisonjera,
détén el raudó vuelo en tu carrera
por el mundo de ensueño
concebido al calor de una quimera...
Si recorres las páginas de oro
de la fugaz novela de la vida
que a gozar te convida
el mágico tesoro
manantial de la dicha y el placer,
¡no olvides, inocente criatura,
que inicia la primera desventura
tu primera sonrisa de mujer!...

FEDERICO GIL ASENSIO

DIBUJO DE BARTOLOZZI



TIPOS AFRICANOS

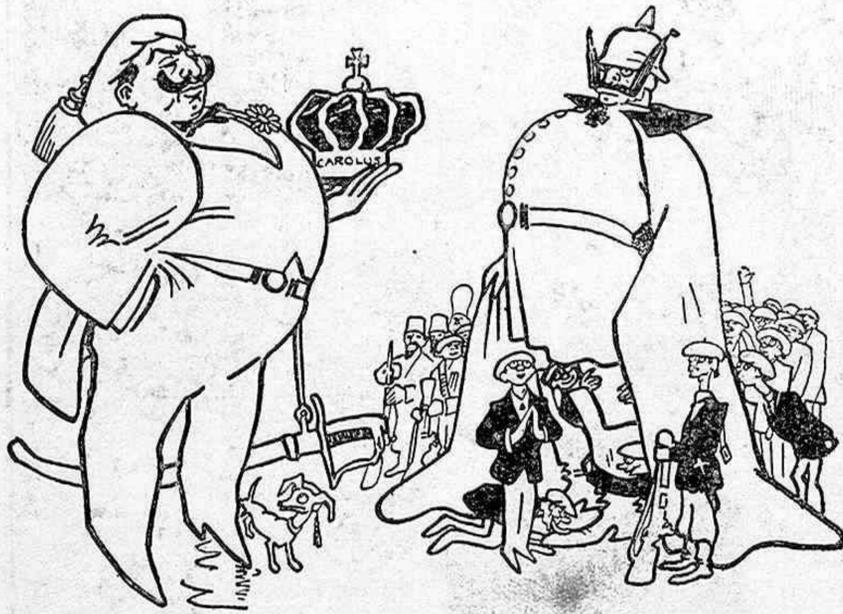


KABILEÑAS DEL ORÉS (ARGELIA)

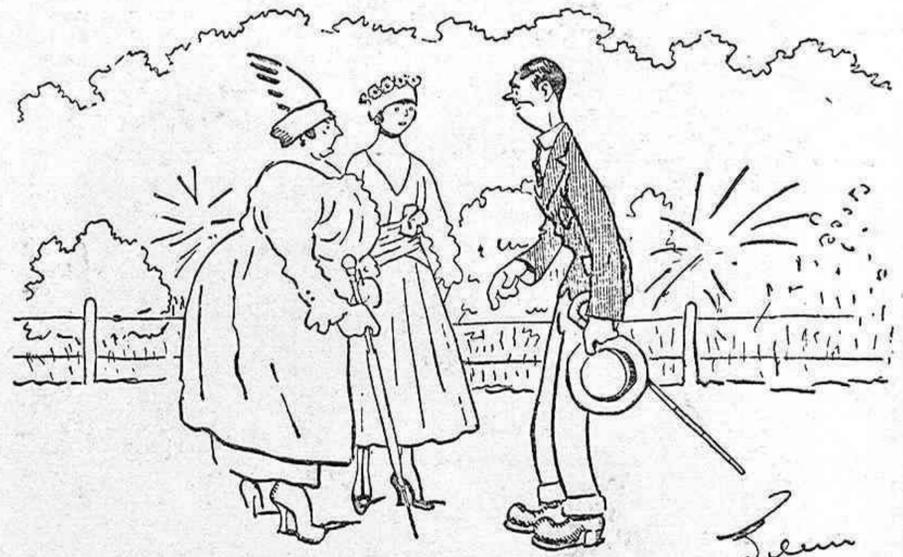
BIBLIOTECA
MADRID

CÁMARA F. 12

LUCHA DE CARICATURAS
EL HUMORISMO ESPAÑOL Y LA GUERRA



REFRÁN CATALÁN
Don Jalme.—¿Quimana a càu Ribot?... L'amo o el porc?
(De La Campana de Gracia, Barcelona.)



—Arturito: usted que es tan intelectual, ¿dónde piensa pasar el verano, en el campo ó en el mar?
—Neutral, señora, completamente neutral. ¡Me quedo en Madrid!
(De Heraldo de Madrid.)

CONTINÚA siendo la guerra el acicate más penetrante de nuestra sátira nacional. Esa inquietud que obsesiona á todas las naciones del mundo repercute en nosotros, y es inútil que se nos aconseje una neutralidad afectiva, una indiferencia de sentimientos que nuestra raza latina, noble, generosa, romántica, esclava de sus instintos, no quiere comprender.

España—salvo una escasa minoría—está convencida de que ni puede ni debe ir á la guerra. Esto es indudable. Y los que pretendan lo contrario, pierden lastimosamente el tiempo, aunque no pierdan otras cosas. No es un criterio de Sancho Panza, según dicen esos algunos, interesados por motivos particulares en la intervención, el que nos mantiene en una neutralidad expectante. Es un criterio más viril, más sólido, más pleno de serena inteligencia, tal como brotaba á chispazos de las momentáneas corduras de Don Quijote.

Harto de aventuras, el hidalgo español se cruza de brazos y clava sus ojos nostálgicos en el horizonte. ¿Quién duda que le brinca dentro el corazón que no temblara en batallas y le hormiguea en las manos el deseo de crisparse sobre la empuñadura de una espada y que le suenan en los oídos el rumor de atambores bélicos? Pero el hidalgo español ve cómo en su patria va poco á poco reconstruyéndose una España nueva sobre las ruinas, y cómo sería peligroso salir de aventuras por tercera vez, con sus armas nobles de otro tiempo, ahora que hay zeppelines, morteros de 42, gases asfixiantes, shrapnels, submarinos y otras armas que él no posee, ni necesitó para conquistar Flandes en otro siglo; ahora, en que la valentía individual no significa nada y en que todo se fía al esfuerzo colectivo... hundiéndole en la tierra previamente.

Pero—ya se ha dicho en varias ocasiones y con todos los acentos, desde el austero y sereno

del filósofo, hasta el tembloroso y balbuceante de cólera del libelista—nuestra neutralidad está limitada á la acción. En los libres dominios del espíritu ningún español es neutral. Las simpatías por Alemania ó por los aliados no se recatan. Los elogios y los dicitos no escasean. Y aquí, en nuestra pequeña piel de ternera, jugamos á la guerra desde las trincheras de nuestro paseo de la Castellana y desde las columnas de los periódicos movilizándolo escritores, dibujantes, caricaturistas, fotógrafos...

Acaso en estos dos últimos elementos radique la verdadera historia contemporánea. Una publicación que prescindiera en absoluto del texto, que se limitara á reproducir caricaturas de todo el mundo y fotografías—esas fotografías ásperas, trágicas, no las otras compuestas con un propósito sensiblero ó parcialista—de los campos de batalla, realizaría un fin histórico de indudable importancia. Caricaturas y fotografías,



—Hemos cogido cincuenta prisioneros.
—Ponga usted en el parte cincuenta mil; el público siempre rebaja la mitad.
(De Iberia, Barcelona.)



—Y con este Cristo, que es de metal, ¿qué hacemos?
—Balas.

(De El Liberal, Madrid.)



LA NEUTRALIDAD ITALIANA
Entre la capa de los imperiales y la mantelera de los aliados, prefiero quedarme con mi valona.
(De *Hojas Selectas*, Barcelona; número de Marzo.)



LA CHARADA DE ACTUALIDAD
La solución más adelante.
(De *Hojas Selectas*, Barcelona; número de Julio.)

Nada más. De un modo conciso quedaban expresados el pensamiento y la acción.

ooo

En los comienzos de la guerra predominaban en España las caricaturas germanófilas. Ahora predominan las francófilas, ó por lo menos son periódicos más importantes y caricaturistas mejores los que defienden la causa de Francia. No queremos deducir consecuencias de ello. Nuestra imparcialidad se limita á reproducir las caricaturas y á comentarlas en un sentido puramente explicativo, no en el sentido de afianzar aquellos que nos sugiera más cordial inclinación.

La intervención de Italia ha dado pretexto para bastantes dibujos satíricos. Como es lógico, los partidarios de Alemania acusan á Italia de traición, ó, por lo menos, de maquiavélicas é interesadas conveniencias; los partidarios de los aliados aplauden la resolución de nuestra hermana latina, que va á la guerra empujada por las palabras de sus dos poetas más grandes, muerto el uno y vivo el otro: Carducci y D'Annunzio.

Pero la más curiosa de estas caricaturas es una de Opisso, en *Hojas selectas*, cuyas primera y segunda parte se han publicado con tres meses de intervalo. En Marzo creyó el caricaturista catalán que Italia rechazaría los trajes ofrecidos por Alemania é Inglaterra; le bastaba con su manguito *Valona*. En Julio cambia de opinión y acepta el ofrecimiento inglés. Siempre fué mejor tela la inglesa que la alemana. Sobre todo, cuando lo afirma un catalán.

Ricardo Marín da una nota terrible en *El Liberal*. Ese oficial que aprovecha un Cristo para hacer balas, puede expresar al mis-

mo tiempo dos cosas distintas: ó la necesidad de metal que existe en Alemania, ó una consecuencia de los templos destruidos por bombardeos inclementes... Pero acaso hay una idea más alta todavía en esa caricatura. La guerra es cruel por sí misma, no porque vista uniforme alemán. Al hombre del siglo xx le importa más matar á sus semejantes que adorar á Dios.

Otros dos periódicos catalanes, *Iberia* y *La Campana de Gracia*, aluden, una vez más, á dos aspectos claramente marcados desde el comienzo de la guerra: las exageraciones telegráficas de muertos, heridos, prisioneros, barcos echados á pique, etc., y ese extraño contrasentido de los católicos españoles partidarios del protes-

tantismo alemán. Ingeniosas, sutiles y orientadas en un humorístico propósito de divertir, son las restantes caricaturas que reproducimos; pero hay una entre todas, cuyo admirable alcance no podemos pasar en silencio.

Me refiero á la de Sileno, en *Gedeón*. Satiriza el llamado «manifiesto de los intelectuales» que han querido testimoniar sus simpatías á Francia de un modo que no ha satisfecho á nadie: ni á los partidarios de Alemania, ni á los que simpatizan con los aliados.

¿Por qué? Gedeón se lo dice á Calínez:
—Ni están todos los que son, ni son todos los que están.

Cierto que hay nombres prestigiosos en esa lista; pero, también, abundan los de señores absolutamente indocumentados, y, en cambio, faltan en gran número los de artistas, escritores, políticos, hombres de ciencia, que desde el primer momento consagraron sus entusiasmos por Francia.

¿Qué se ha pretendido con ese manifiesto? ¿Demostrar que todo lo más saliente de la literatura, del arte, de la política, de la ciencia, de la pedagogía españolas, estaba junto á Francia? Pues debió requerirse las firmas de cuantos demostraron su francofilia sin pensar en manifiestos que se publicaran en periódicos franceses, ingleses, italianos, rusos y japoneses. Se hubiera visto, entonces, la verdadera importancia del movimiento francófilo.

En el fondo de ello no hay más que una inocente vanidad y esto no restará una sola de las simpatías que sientan por Francia ó por Alemania los otros «intelectuales» que no figuran en la lista.



EL MANIFIESTO DE LOS INTELECTUALES
—Lo malo, Gedeón, es que no están todos los que son.
—Y lo peor, Calínez, es que tampoco son todos los que están.
(De *Gedeón*, Madrid.)

SILVIO LAGO



LA ESFERA

LA PINTURA CLÁSICA



RETRATO DE NIÑA

Cuadro de Velázquez, que figura en el Museo de la "Hispanic Society of America", de Nueva York

VUELA, AUTOMÓVIL...



Se ha dicho que las gentes aficionadas á ir en automóvil con delirante rapidez son las que menos prisa tienen. Esta apreciación—recusable por el desdén que la ha inspirado—procede de los peatones, malaventurados que necesitando acudir, invariablemente, á tiempo, sólo disponen del medio de locomoción; harto deficiente hoy, que la Naturaleza—tan espléndida con el ave ó el roedor—ha concedido al hombre.

Mas para vivir regaladamente no basta tener prisa; requiérese á la vez estar enfermo. Dolencia amable porque es de moda, porque es *chic*, porque no ataca á los pobres diablos. La enfermedad de la distancia, el morbo de la velocidad—¡oh, siglo xx, audaz y risueño!—no desasosiega á los especialistas, ni organiza Patronatos, ni levanta Sanatorios. Ha creado una industria, ha inventado «otro escalofrío», ha transformado á los argonautas en turistas, y, por añadidura, honra á los turistas con el alto título de descubridores.

Castilla «se va ensanchando» al paso del 60 HP. En el horizonte brillan, renovándose, los espejuelos de la sorpresa.

Nunca podrán pagarse cumplidamente las ventajas que á un *torpedo* ó á una *limousine* se deben. Las bellezas naturales del territorio parecen como que acaban de improvisarse en la escenografía maravillosa de las lejanías. El automóvil imprime al paisaje cierto acentuado aspecto de ineditismo. Hasta que la difusión de esta máquina no adquirió las considerables y fecundas proporciones de hoy, cabe asegurar que España, el mundo todo, eran casi desconocidos...

En las carreteras podía pasar cualquier cosa, menos un vehículo. La civilización, mezquinamente propagada, no sabía impedir la tragedia de que á un curioso naturalista, consagrado con su red ó su tul cónicos á cazar mariposas en plena soledad campestre, le detuvieran por sospechoso. Las cantinas y fondas de las estaciones ferroviarias oponíanse al auge, tan fácil cuanto filantrópico del ventorro. Intermitentes, sino ilusorias, eran las relaciones que siempre debieron mantener la carretera y la Guardia ci-

vil. Trasladarse de un punto á otro sin el concurso del camino de hierro, constituía empresa formidable que la soledad, la topografía, la noche, el vagabundo y la aludida incultura agravaban. En suma: antes del auto, y á despecho de la locomotora, casi toda la tierra civilizada era como doncella ruda y rebelde, más pronta á crueldades de ogresa que á liberalidades de amada.

ooo

Y el automovilismo dispuso que se hiciera la bienandanza y la bienandanza se hizo. Esto fué la génesis del siglo xx. Fallecieron, en principio, no pocos bípedos y cuadrúpedos por esas calles y caminos; surgió, momentáneamente, el espectro de la *panne*; hubo ingénuos antropoides que, al paso de la máquina infernal, arrojaron anatemas y cascotes; más cascotes que anatemas. Pero el invento, aun con los cristales rotos y los neumáticos reventados, seguía su avance triunfal. Sus ruedas veloces las había quitado á la Fortuna y al Progreso.

Comenzaba con el *taf-taf* otro Renacimiento. La civilización, tan atildada, jarifa y juvenil, apeataba gloriosamente á gasolina...

Fué cundiendo el mal de la distancia. Legiones, cada vez más nutridas, de estos enfermos con anteojeras y pieles con *echarpes* y guardapolvos consiguieron lo que hasta aquella época había agotado sin fruto las energías de maestros, sociólogos y políticos; el mejoramiento y la abundancia de las vías de comunicación; la doma del rústico y del montaraz; la «restauración» de la Naturaleza; el avituallamiento fácil en descampado; el fracaso del salteador; el aseo del hostial; el exacerbamiento de la solidaridad humana y aun la ratificación de la concordia que debe existir entre el carretero y el *chauffeur*, tantas veces presentida por los hombres de buena voluntad.

¿Puede pedirse más á un mecanismo que no guarda parecido alguno con el menos complicado proyecto de ley? ¿Existe otra enfermedad que se traduzca, como esta de la distancia, en tanta plétora? ¿No implica un punible desacato á la prosperidad el arrojarse, harto de la vida, al

paso de un *landalet* para buscar, entre las ruedas, á la muerte?

Se reprocha al *auto* su velocidad y esto es una ingratitud. Si á un ejército de adinerados no se le hubiese ocurrido tener prisa, los que por carecer de número hemos de caminar á pie, no llegaríamos quizás á muchas partes...

Ahora bien; mientras no se demuestre lo contrario, todo peatón es un candidato al aplastamiento. Por eso nosotros veríamos con gusto, no que el automóvil corriera mucho más, sino que volase. Pero ahí está el acroplano, que es el automóvil preferido de los que nos arrastramos por este valle de lágrimas con tantas carreteras.

ooo

El «auto», con su cargazón de caras bonitas y de tedios incurables, llega ya, como la luz, á todas partes. Todavía en muchos alrededores de la tierra no se está familiarizado con él, aunque no por eso el labriego deja de barruntar que puede traerle más beneficios que desazones. Y ya en muchas viviendas misérrimas faltará primero el pan para los propios que la gasolina ó el refrigerio para el automovilista.

Que, á menudo, en lugar de descender del trepidante coche parece brotar de la tierra ó llover del cielo. Se presenta de pronto, mefistofélicamente. Y cuando desaparece siempre deja con las tolvaneras pestilentes del humo un poco de ciudad, un poco de renovación y un poco de dinero.

Así, en la patriarcalidad de la vega valenciana varios devoradores de kilómetros, detenidos por la avería del auto, ofrecen á los huertanos un espectáculo con arrequives de acontecimiento. Todo se concilia al aire libre; y las barracas y la máquina pregonan, cada cual á su modo, la tentación de vivir. Y lo que entre señores y pecheros podía ser discordia queda reducido á pintoresco incidente. Entrarán en las barracas varias monedas, y después los «enfermos», ya en marcha, seguirán acreciendo la embriaguez de la cuarta velocidad.

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE MARCO



ECOS DEL PASADO LAS REFORMAS DEL REY CARLOS

CUANDO el 17 de Octubre de 1759 llegó al puerto de Barcelona la flota en que Nápoles nos enviaba á su rey Carlos VII, que habría de ser Carlos III en España, recibió la policía urbana unos fuertes y salutarísimos aires de regeneración, que fueron recios puntales á su vida y al decoro y buen nombre de la capital de España.

¡Vive Dios! que ya era tiempo, pues que en punto á decencia, aseo y ornamentación, casi lo mismo estaba que en aquellos tiempos lejanos en que plugo al señor Rey D. Felipe II, hacer della asiento de su corte.

Como toda la vida de los dos anteriores siglos, fuere, así para la corona como para el pueblo, vida de obscuridad y tinieblas (pues no otras luces expandían su débil fulgor por toda la Península, que las luminarias de la Iglesia, las lámparas de la mesa de juego en la cámara del Rey y las linternas de los corchetes) para nada era necesidad ocuparse del ornato y buen parecer de la villa y costumbres de sus moradores.

Mas llegó este buen Rey que digo é hizo más por la cortesana villa en el tiempo de su reinado, que sus antecesores en el vasto transcurso de dos centurias.

Bien que la égida deste monarca fué como el amanecer de todos los prodigios que habían de brillar en el siglo siguiente... Y el pueblo, reconocido todavía, no ha tenido tiempo para consagrarle un monumento.

TAPADAS Y EMBOZADOS

Diffícil, y punto menos que imposible, érase, á la llegada del nuevo soberano, reconocer á nadie en la calle y no dijérase sino que era la Villa en lugar de la Corte de las Españas, algún aduar sarraceno.

Llevaban las mujeres luengos mantos que pudéranse decir muy corteses, pues que les besaban los pies y no había forma de distinguir á las jóvenes de las viejas, á las bellas de las feas, como no fuere en particularísimos casos de su gusto y voluntad.

Los hombres, embozados hasta los ojos y con el amplio sombrero echado sobre el rostro, daban lugar á todo género de equívocos, pues en nada se conocía al noble y al obrero, del criminal de oficio. Las capas corrían muy digna pareja con los mantos de las señoras mujeres y las espadas más parecían rejas de arador que lo que eran realmente.

Esta conformidad no sólo paseaban la villa á todo su talante y satisfacción sino que acudían á todo género de espectáculos y devociones.

Ya en el reinado anterior habíase promulgado una orden poniendo coto á estas exageraciones del indumento, pero el apocado y distraído carácter de Fernando VI no curó mucho de que se cumpliera, y cada uno siguió vistiendo como quería.

«Manda la Sala (decía el bando publicado en 19 de Enero de 1760), que en los palcos ó balcones, alojeros y tertulias, no entre ni esté persona alguna que no lleve un traje propio, sombrero armado de tres picos, peluquín ó pelo propio, *redingott* ó *capingott*; pero de ningún modo con capa, gorro ni embozo, sin que para el cumplimiento desta providencia se detengan los señores alcaldes y ministros en la mayor ó menor clase de los sujetos, ni en sus fueros de guerra, casas reales, ú otros desta naturaleza por más privilegiados que sean... que en los citados balcones y alojeros no se permita poner celosías ni que estén mujeres cubiertos los rostros con los mantos...»

Otro bando fué publicado para la policía de los paseos y sitios reales, y así desta manera íbase haciendo labor de zapa en la forma y manera de vestir.

Yo entiendo que aquellos que eran inspiración destas prohibiciones (fuera de la gente maleante, que en lo luengo de las capas y en



CARLOS III
Rey de España y de las Indias



MARÍA JOSEFA AMALIA
Princesa de Sajonia, esposa de Carlos III

la faldamenta de los chambergos, tenían escudo de su oficio) seguían vistiendo en este modo como protesta á la moda francesa que trajo la corte del primero Borbón.

La Reina Doña María Amalia de Sajonia, con su poco apego á las cosas y costumbres de España, era, como quien dice, la musa que inspiraba al Rey estas inquietudes de Alcalde, y bien haya tamaña falta de afecto, porque ella fué la fecunda simiente que transtocara poco á poco la Villa y diérale agrado y aseo que hasta allí no tenía.

SENCILLEZ EN LOS LUTOS

No fué Dios servido, de que esta augusta dama continuase por mucho tiempo siendo tan alta inspiradora, pues pensando, sin duda, que en el cielo hablaba menester para atender casadamente á sus reinos, llevóle á ellos el 27 de Septiembre de 1760, cuando aún no había cumplido los treinta y seis años.

General y sincero fué el dolor que causara su muerte, y miren como á veces también de una desgracia honda acontece florecer un bien relativo.

Hasta entonces fué costumbre que los duelos costasen más que las grandes venturas, pues así como espiraba una persona real, ó de abolengo, alzábese tal túmulo de gasas, que Madrid todo parecía una ola negra.

El prudentísimo monarca supo recortar muy bien estos trapos del dolor, que antes parecían mantellinas de fiesta grande.

Mandó que los vestidos fuesen de paño corriente ó de bayeta, con capas los que tuviesen por costumbre de usarla y los de las mujeres de bayeta en invierno y de lanilla en verano, y prohibió que se diesen lutos á los cocheros y lacayos por la muerte de personas reales, «pues bastantemente—decía—se manifiesta el dolor y tristeza de tan universal pérdida con los lutos de los dueños...»

ARMAS PROHIBIDAS

Hasta aquel tiempo parecía la Corte y España entera siempre en estado de sitio, atendiendo á que toda suerte de hombres iban sólidamente armados.

Y así cada día había miles de pendenencias en las que, habiendo las armas tan á la mano y sin prohibición alguna, tenían la muerte por cabo.

Trafalas unas veces el calor natural en toda pendencia; pero las más la perversión y el crimen.

Atendiendo á esto, Su Majestad prohibió el uso de armas cortas, de fuego, pistolas, trabucos y carabinas que no llegasen á la marca de cuatro palmos de cañón; prohibió los puñales guíferos, navajas de muelle, dagas, cuchillos de punta, castigando á los contraventores con la pena de seis años de presidio á los nobles y seis de trabajos en las minas á los plebeyos.

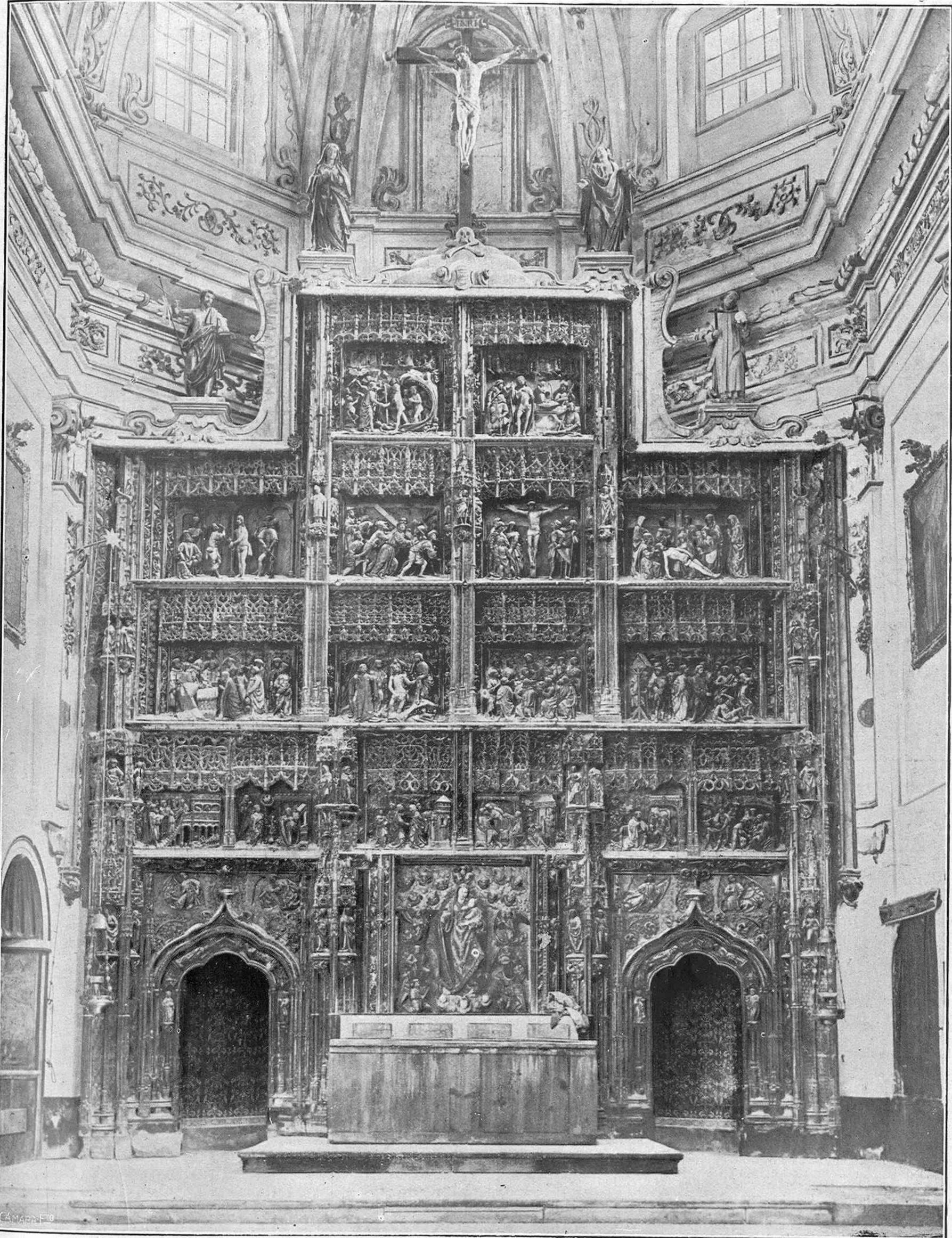
Solamente á los hijosdalgo de Castilla y de Aragón eran permitidas, cuando fuesen á caballo, las pistolas de arzón; y, solamente, los cocheros y lacayos de la Casa Real podían ceñir espada.

Queden aquí asentados en parte las miras urbanizadoras de aquel gran Rey, que con esto basta por hoy para glosar su amor al pueblo y á la villa cortesana.

Origen de otro artículo serán aquellas otras memorables reformas de las aceras, los faroles y los serenos, que la plebe recibió con tanto encono y poco agrado, mostrando, ya que no servía para otra cosa, que para aquella gran barbarie que hizo en los primeros años del siglo XIX: para tirar del coche de Fernando VII.

DIEGO SAN JOSÉ

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

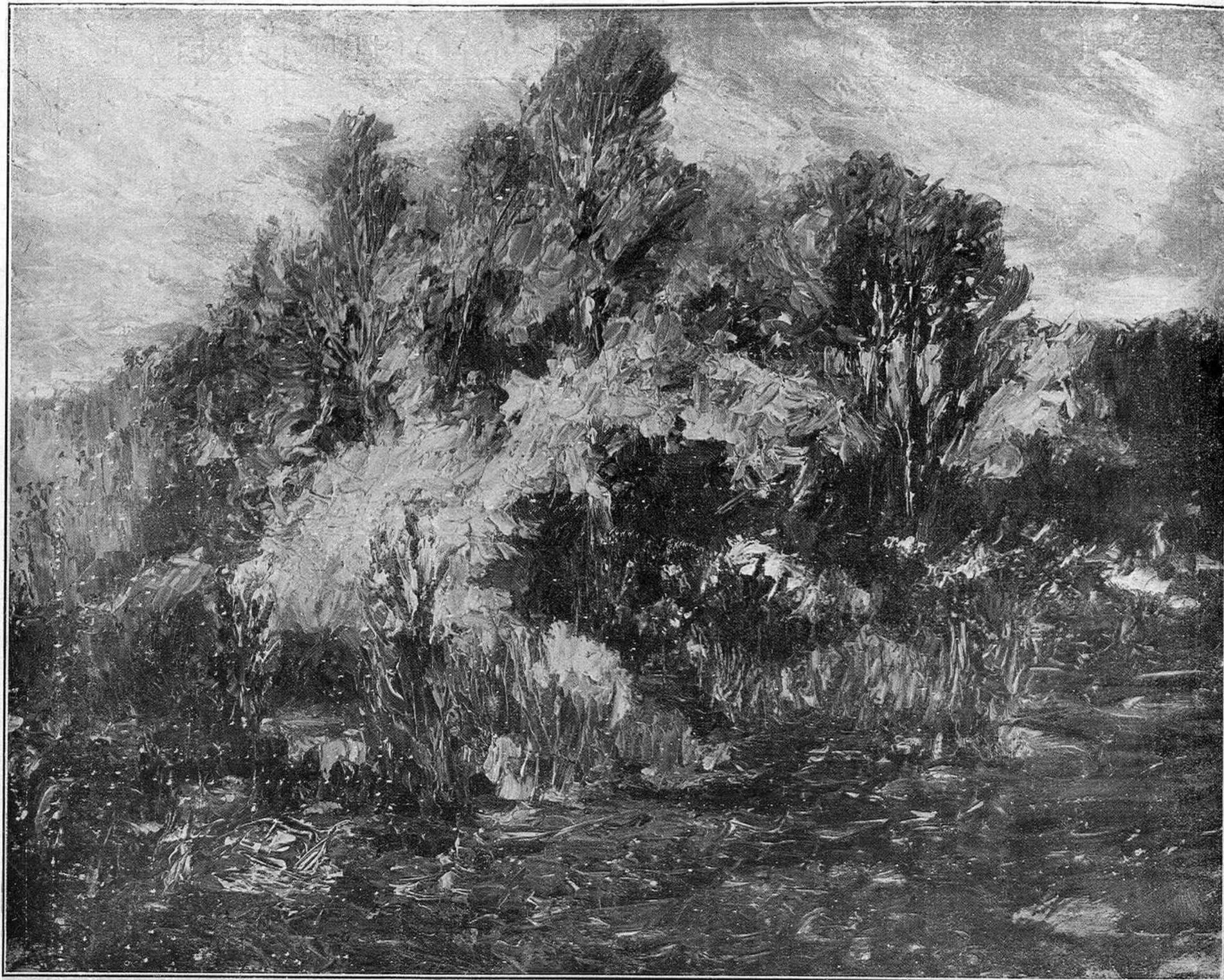


MAGNÍFICO RETABLO DEL ALTAR MAYOR DEL MONASTERIO DE EL PAULAR

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

AVENUE OF
BIBLIOTHECA
CIVILIS

CÁMARA FOTO



“Paisaje de El Plantío“, por Leandro Latorre

DE BELLAS ARTES

UN GRAN PAISAJISTA DESCONOCIDO

ALEJADOS del ambiente que llaman artístico, sin intervenir en Exposiciones más ó menos nacionales, existe una categoría de artistas que merece todo nuestro respeto y toda nuestra admiración.

Son aquellos que, de antemano, renunciaron á las efímeras glorias de medallas, artículos encomiásticos, cargos oficiales, y á que su nombre suene siempre que se cita el de otros compañeros suyos. Les basta con la propia satisfacción, ó, á lo sumo, la de aquellas ajenas que están unidas á su vida, por una fraternal asimilación de mútuos sentimientos.

Sin embargo, no hemos de alabar por completo ese alejamiento de su época, que revela pura aristocracia espiritual, en los artistas que la practican. Si ejercitan un sagrado derecho, olvidan, en cambio, una sacratísima obligación: la de contribuir, con sus actos ó ideas, al engrandecimiento de su patria.

Este es el caso del admirable paisajista D. Leandro Latorre, á quien LA ESFERA se complace hoy en descubrir. D. Leandro Latorre es un hombre enjuto, con el cabello y el bigote blancos, los ojos muy azules y la sonrisa siempre á flor de labios. El rumbo de su vida es muy otro que el del arte, y, sin embargo, todos los domingos, Latorre sale de Madrid y busca asuntos é inspiración en el campo para sus cuadros.

Cerca de veinticinco años, lleva realizando una labor entusiasta y desconocida del público y de la crítica. Le basta, como decimos, la propia satisfacción y los elogios sinceros de dos amigos suyos, también notables



LEANDRO LATORRE

paisajistas, y que, también, desdeñan las oficiales ó públicas consagraciones.

Latorre fué, en otro tiempo, discípulo de D. Carlos Haes. Nadie podría adivinarlo en estos paisajes de ahora, tan impregnados de alma, tan desprovistos de aquella frialdad fotográfica que caracterizaba el arte antipático del pintor belga.

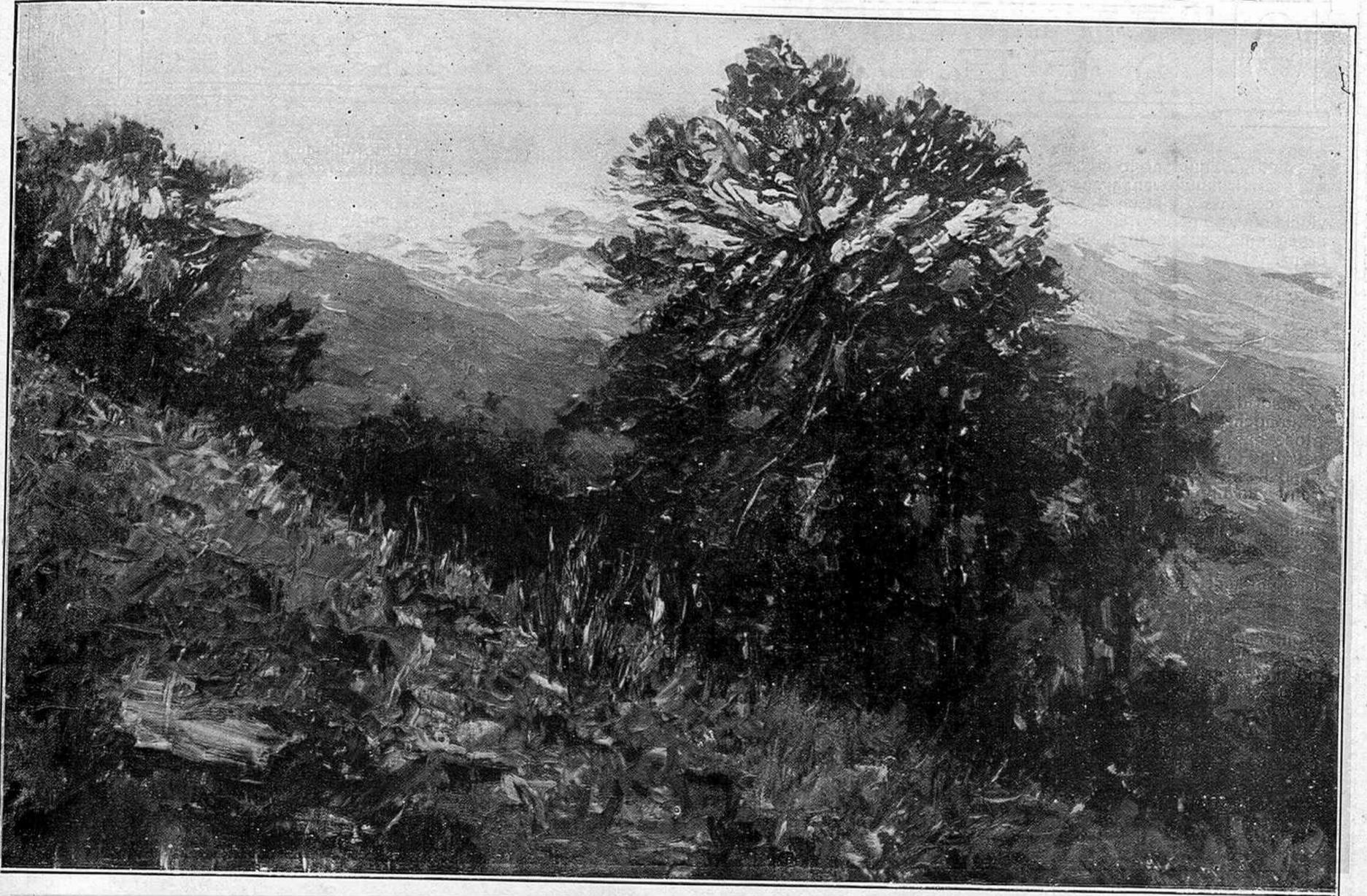
En su voluntaria y consciente evolución, Latorre ha llegado á donde muy pocos paisajistas contemporáneos. Una identificación íntima, penetrante, conmovedora de su espíritu y de la Naturaleza, dan lugar á numerosas obras donde la técnica sobria, justa, responde al estado de alma del paisaje.

Casi siempre pinta campos de Castilla ó la castellana sierra. Es un enamorado de la tierra que le vió nacer. Sabe sorprender los momentos y las luces como un mago del color y como una estela de su arte queda siempre la sensación, un poco altiva, del hombre que desdeña la humanidad, de tanto como ama celajes, montes, árboles, aguas, campos floridos y umbrías de ensueño...

¿Os explicáis ahora por qué Leandro Latorre, el artista del cabello blanco, los ojos azules y la eterna sonrisa, prefiere á la viciosa atmósfera ciudadana y á la vida artificial de Exposiciones y Círculos, sus escapadas hebdomadarias, en unión de dos buenos amigos, hacia los campos, entre austeros y afables, de Castilla ó hacia la sierra, pródiga en salud para el cuerpo, en deleites para el alma y en bellos espectáculos para los que saben comprenderlos?

LA ESFERA

PAISAJES CASTELLANOS



"PINARES DE CERCEDILLA", por Leandro Latorre

NUESTRAS VISITAS

FELIPE TRIGO

Oh!, no... quiá; no lo creas. Yo empecé á escribir muy joven; apenas tendría mis quince años y allá en Badajoz, de cuya provincia soy, se publicó en un periódico local un artículo mío, que se titulaba «Visita de inspección». Yo creo que la alegría mayor que he sentido en mi vida me la proporcionó aquel periódico. ¡No era nada! ¡Ver por primera vez en letras de molde lo que yo había escrito y debajo la firma: Felipe Trigo!... Tú sabes lo que es esto.

Calló Felipe un instante, para servirse el *consumé*...

Estábamos cenando en la terraza del Casino de Madrid. Envueltos en el milagro misterioso de la noche, parecíanos ir en la barquilla de un globo que estaba más cerca del cielo, lleno de estrellas, que de la tierra, llena de tranvías y automóviles, cuyos bocinazos y campanadas llegaban hasta allí como un lejano estruendo infernal... Muy europea esta amplia terraza, tan iluminada como cualquiera de los inquietos luceros del firmamento. Los camareros, de media roja, se revolvían entre el laberinto de los esféricos y macizos laureles.

A nuestra espalda, de entre una peña de roca, trepada por yedra, saltaba el agua, entonando su monorrítmica canción bucólica. El sexteto de *tzínganos*, cuya indumentaria roja apenas se adivinaba por entre los calados de un frondoso macizo, preludiaba vales cadenciosos y apasionados como caricias de mujer... En el luminoso reloj de la Equitativa, que se ofrecía frente por frente á nosotros, eran las diez y media.

Continué buceando en la pasada vida del novelista:

—¿Tú, entonces, estabas estudiando la carrera?...

—Terminaba el grado. La carrera vine á estudiarla á este delicioso Madrid, al cual le he entregado lo mejor de mi vida. Mi pasaje de estudiante de Medicina fué lo que tú conoces, si has leído mi novela *En la Carrera*.

—Ya aquí, ¿abandonaste la literatura?—observé.

—¡Oh, no!...—rectificó él, rápido—. Verás: Lo primero que hice al llegar á Madrid fué llevar un artículo á *El Globo*, que en aquella época era un periódico muy importante. Se publicó en seguida y continué colaborando gratuitamente, como es natural. Tenía yo poca afición á los libros de texto y mucha á las cuartillas. Una de mis mayores ilusiones era entonces entrar en *El Imparcial*... Y obsesionado por esta idea, una noche, ni corto ni perezoso, me encamino á la redacción de dicho periódico, del cual era entonces a rector Mellado. Llego. En el recibimiento me tropiezo con un sujeto desarrapado, al cual supuse yo el ordenanza. «El director, ¿está?»—le pregunté—. «No, señor; hasta las dos de la madrugada no acostumbra á venir». ¡Caracoles! Las dos de la madrugada era para mí, y para mis costumbres morigeradas, una hora alarmante y descompuesta. Entonces resolví variar la puntería. «¿Y don Eduardo del Palacio?»—inquirí. «Soy yo mismo»—repuso el sujeto de indumentaria miserable—.

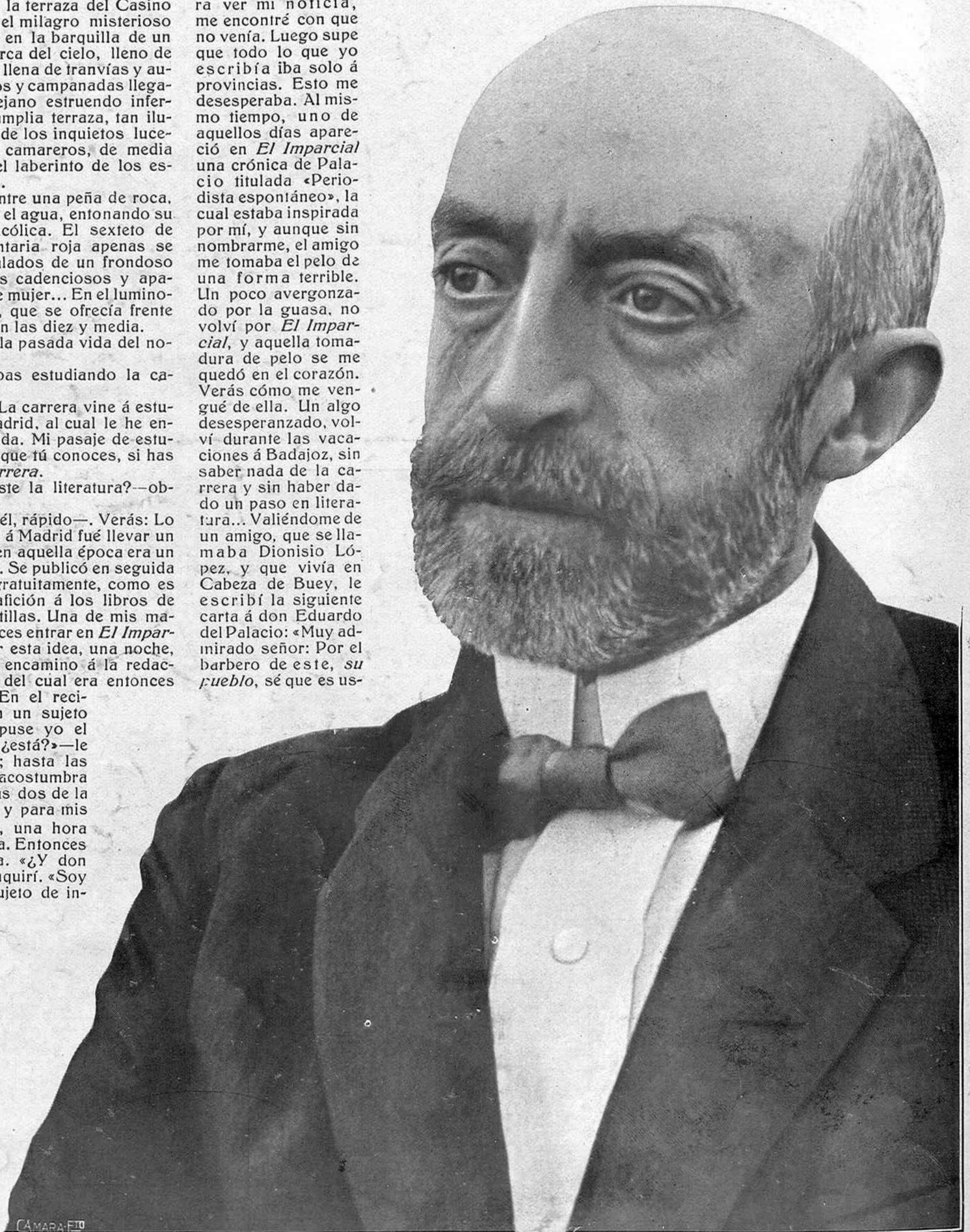
Me quedé frío y un poco decepcionado; pero le expuse mi deseo y él se ofreció á presentarme al director. Así fué. Mellado me recibió y me acosó á preguntas, que me desconcertaron: «¿Usted sabe francés?» «No, señor». «¿E inglés?» «No, señor». «¿Hace usted versos?» «No, señor». «Entonces—me dijo—como no sabe usted nada, no le veo aplicación aquí.» Insistí yo... Entraría de meritorio sin tener derecho jamás á un sueldo, estaría allí todas las horas necesari-

as. Tal fué mi obstinación, que al fin aceptó: «Bueno, pues venga usted desde mañana y póngase á las órdenes del jefe de las ediciones de provincias, don Nicanor Rey». Allí comencé á hacer el trabajo más detestable que puedes imaginarte. Consistía éste en leerse todos los periódicos de provincias y de vez en cuando tropezábamos con alguna noticia que fusilar... La primera que yo pesqué le di una forma florida y amena. Le entregué las cuartillas al jefe y el jefe puso: *Cajas*. Amigo, al día siguiente,

yo, que no dormí para ver mi noticia, me encontré con que no venía. Luego supe que todo lo que yo escribía iba solo á provincias. Esto me desesperaba. Al mismo tiempo, uno de aquellos días apareció en *El Imparcial* una crónica de Palacio titulada «Periodista espontáneo», la cual estaba inspirada por mí, y aunque sin nombrarme, el amigo me tomaba el pelo de una forma terrible. Un poco avergonzado por la guasa, no volví por *El Imparcial*, y aquella tomadura de pelo se me quedó en el corazón. Verás cómo me vengué de ella. Un algo desesperanzado, volví durante las vacaciones á Badajoz, sin saber nada de la carrera y sin haber dado un paso en literatura... Valiéndome de un amigo, que se llamaba Dionisio López, y que vivía en Cabeza de Buey, le escribí la siguiente carta á don Eduardo del Palacio: «Muy admirado señor: Por el barbero de este, *su pueblo*, sé que es us-

ted rubio, además de llamarse Eduardo, y como me gusta atrozmente todo lo que escribe, acabo de hacer testamento legándole la tercera parte de mi fortuna, ó sean treinta mil duros, etc.» Y firmé Dionisia López.

Trigo hizo una pausa para reír la travesura. —Bueno; pues á vuelta de correo me escribió, llamándome su «segunda madre». Y á los cuatro días se plantó allí. Yo le mandé una tarjeta á la fonda, en la cual le puse «Donde las dan las toman»: «Dionisia López ó El periodista espontá-



CÁMARA-FOTO

DE LA ESPAÑA PINTORESCA
EL CAFÉ DE LA NUEVA ESMERALDA

La generación que allá por el año de 1851 salía de las Universidades, llegaba á la vida percatada ya de los destinos que tenía que realizar.

Armonizaba el cultivo de la honesta é inofensiva poesía con el estudio de aquellas ciencias gubernamentales, que á los nuevos partidos que habían de constituirse servirían de bases para la ruda oposición que toda colectividad política incipiente tiene que hacer contra lo consolidado y yerto.

Aquella generación era romántica, por herencia, y práctica, por necesidad de ser útil á su patria.

Empezaba Castelar, cuyos comienzos oratorios eran saludados por Pastor Díaz como los de un magno orador sagrado. Y al lado de aquellos adolescentes pálidos, crédulos, vehementes y exaltados que, como Sáinz Pardo y J. Iza, se suicidaban por nimiedades pueriles, veíanse núcleos de jóvenes que discutían, que peroraban, que, tomando en serio lo que lo era más que el número de sílabas de un soneto, interesábanse por los destinos de España, por su porvenir y su redención...

Una de estas tertulias era la constituida en el café de la Nueva Esmeralda, ya desaparecido, y que se hallaba situado en la calle de la Montera.

Allí acudían todas las noches, entre otros periodistas y estudiantes, Antonio de Trueba, dulce y ya olvidado poeta, Carlos Ochoa, Antonio Arnao, Eguilaz, Castro y Serrano, Víctor Barrantes y Cánovas del Castillo.

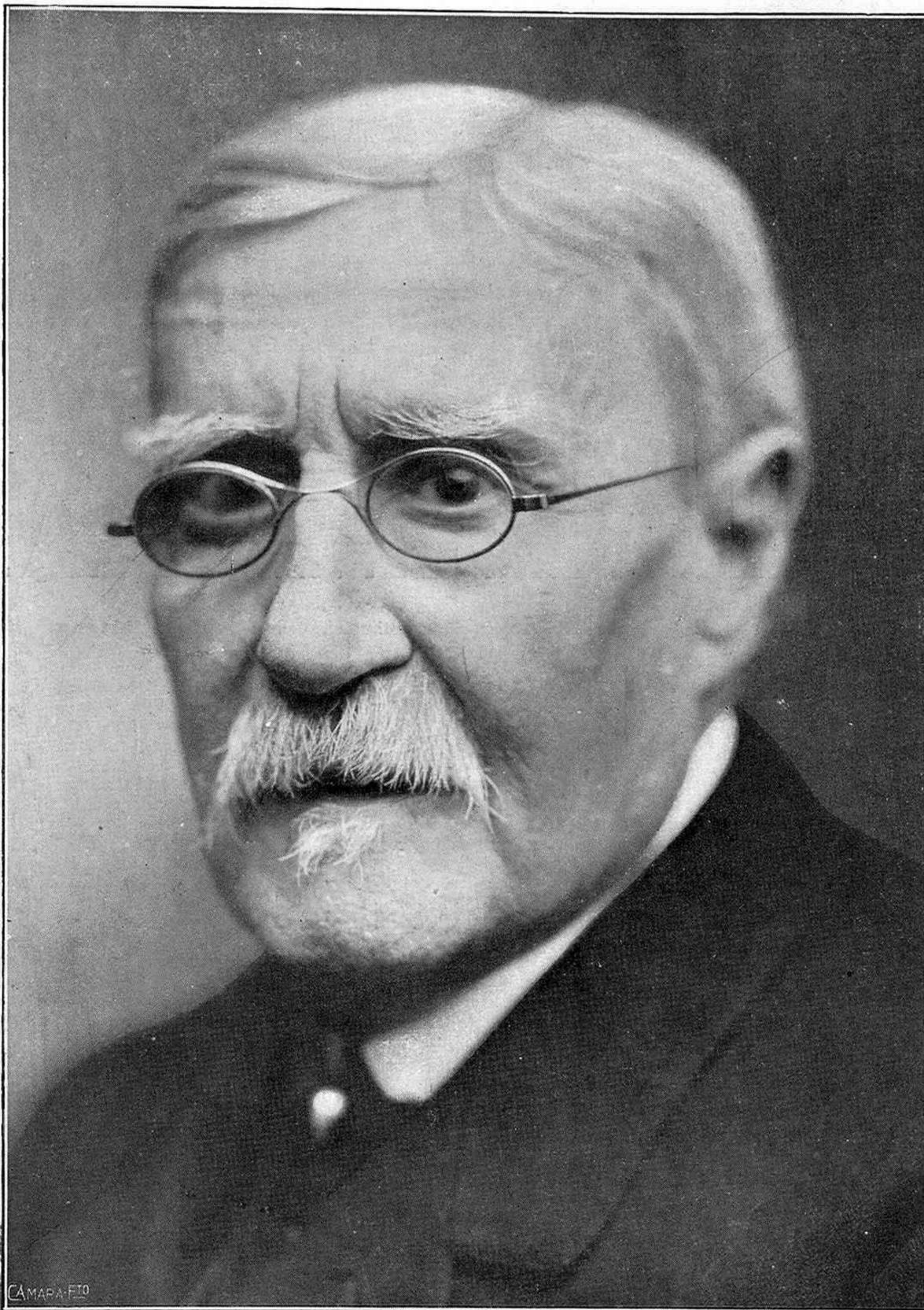
Sentábanse alrededor de una mesa, cuyo mármol tenía dibujado un enorme pensamiento y debajo estas palabras: *El porvenir es nuestro.*

Aquella reunión juvenil, abierta á la esperanza, entusiasta y culta, era el eje en torno del que giraban todos los parroquianos, que oían con singular delectación las apasionadas discusiones y las charlas interesantes de aquellos muchachos, tan confiados en la venidera suerte.

Tenían fe en sí mismos; su credulidad tenía que ser inmensa, porque arrancaban sus raíces del propio corazón, robustecido por la voluntad de ser.

¡La voluntad! Equivale al triunfo definitivo, cuando no está simulada grotescamente.

Yo he oído á muchos hablar de su voluntad y me he sonreído, porque lo que ellos tomaban como tal, era una falsificación. Y en cambio, vi á otros muchos silenciosos, humildes, tímidos—



DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

no hay nada más tímido que el valor consciente—y temblé al pensar lo que harían aquellos y lo que llegarían á ser...

Uno de los parroquianos que con más frecuencia asistían al café de la Nueva Esmeralda era un viejecito muy limpio, muy afeitado, muy pulcro, sonriente, afable, bondadoso y paternal.

Sentábase no muy lejos de aquel puñado de amigos y se le veía escuchar sus conversaciones con la atención grata y complaciente propia de la ancianidad tranquila y sana.

Más de una vez, oyendo á Cánovas del Castillo, decir: «Cuando yo sea ministro», cosa que repetía con exceso, reíase el anciano, con una resignada melancolía que nublaba su semblante.

Pero nunca hablaba. A la media hora de estar allí, alejábase del local, dando el brazo á un viejo criado, que le atendía con singular esmero.

Y así transcurrían las inolvidables noches de

aquel café, más solitario que lo que su situación hacía esperar.

Seguía yendo el anciano que, al despedirse, daba las buenas noches á los jovencitos, y seguían éstos empeñados en joviales y alborozadas disputas.

Cánovas del Castillo era el que más autoridad tenía en el grupo. Había publicado numerosos artículos en los periódicos más populares de su época y hablaba con cierta desenvoltura acometedora y altiva...

Una de aquellas noches, llegó más temprano que de costumbre el viejecito. Y con gran extrañeza de los jóvenes, les pidió permiso para sentarse con ellos.

Accedieron éstos, y una vez en la reunión habló, diciéndoles con acento paternal, profético, sentencioso:

—Hijos míos: Habrán notado ustedes, que desde hace tiempo vengo presenciando sus reuniones y escuchando sus disputas en silencio. Aprecio en ustedes nobleza, talento y ambición, y no me equivoco al augurarles á ustedes un brillante y lisonjero porvenir... ¡El porvenir!... Serán ustedes ilustres y quién sabe si glorias legítimas de la patria.

Hizo una pausa el anciano, y luego añadió, entre la turbación ruborosa y el respetuoso silencio de los muchachos:

—Me sobran experiencia y conocimiento del mundo y de los hombres, y estoy seguro de que llegarán á ver ustedes en los puestos más altos del Estado á ese joven que ahora entra...

Volvió la cara los aludidos y contemplaron á Cánovas del Castillo, que llegaba presuroso.

Comentaron los mozos los halagüenos vaticinios del anciano, que hablaba con aquella elocuencia persuasiva y conmovedora.

Y cuando, al despedirse, les dijo su nombre, todas las juveniles cabezas se descubrieron é inclinaron respetuosamente.

Era el anciano, hasta entonces misterioso y desconocido, D. Joaquín María López, el célebre jurisconsulto, el eminente hombre público que poco después había de morir canceroso tras una horrible agonía.

¿Influyó para algo en el espíritu de Cánovas del Castillo, el risueño y lisonjero horóscopo del anciano?

No se sabe. Pero decían los que fueron testigos de este suceso, que desde aquella noche se le vió más serio, más reflexivo, con más amor al estudio y menos afición á las disputas estériles, propias del café...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



DE NORTE A SUR



PAZ EN LA GUERRA.—Soldado alemán pastoreando un rebaño en los campos de Bélgica

Pastoral

Todos hemos sentido alguna vez ese dulce sosiego, ese aquietamiento repentino que era como el brote inesperado y cristalino del agua en el yermo abrasado de nuestra vida. Bastaba el grupo plácido, apretado, de unos corderos ramoneando no muy lejos de la silueta erguida del pastor y de los ojos encendidos entre la hosca pelambrea del mastín para sentir esa pronta ráfaga de serenidad orearnos el alma...

Acaso lo vimos en un retorno sentimental, sintiendo en nuestro brazo derecho latir el corazón de la amada, mientras el dulzor de sus labios aún era la golosina de los nuestros; tal vez se nos mostró como un reproche cuando nos asomamos a la ventanilla del expreso, que en su ritmo presuroso y agitado rimaba con la inquietud febril de nuestra ambición.

O, también, en un ocaso dentro de la ciudad congestionada, oímos de pronto el humilde son de las esquilas, tan poderoso, sin embargo, que dominó todos los otros ruidos fanfarrones y cortesanos, advirtiéndonos de aquel espectáculo — de otro tiempo y de otros sitios — del rebaño acobardado cruzando las calles delante del pastor cenceño, del mastín gregado, del cordrillo mamantón que quedó rezagado y bala con el desconsuelo de un niño.

Estela de bondad nos dejó siempre en el alma. Como si por los senderos espirituales hubiese cruzado la muchacha rubia que danza y vierte flores en el divino cuadro de Sandro Boticelli.

Y nunca falta el eglógico cuadro de paz. Nunca. Ni tan siquiera ahora, sobre los campos de Bélgica, la desventurada, la hinchada de cadáveres, que parece pronta a reventar de podredumbre, para nuevos versículos del Apocalipsis.

Un soldado alemán, lejos de la línea de fuego, libertado por algún tiempo de la muerte y de los canes furiosos de la lujuria, del homicidio, de la piromanía que acomete a los vencedores las noches de un saqueo, cuida un rebaño de ovejas.

No porta el zurrón, ni la manta agujereada, ni las abarcas, ni el sombrero que preserva del sol, ni sus manos se apoyan en la cayada, que sería modelo de báculos episcopales y pontificios al prolongar el sacerdocio el símbolo del sencillito pastoreo. Viste de uniforme, se apoya en un palo y sobre sus labios no suena el caramillo ó la «siringa agreste», humea la pipa.

No importa. Bajo su guarda el rebaño pace tranquilo. Tan apartada la línea de combate, que apenas se oyen los disparos, y el aire es puro, sin ese olor a putrefacción que sube de las trincheras con las estrofas de *La Marsellesa* ó del «Alemania sobre todos».

Y, entregado á sí mismo, hundido en esta benéfica paz durante la guerra, el pastor-soldado piensa en cómo el curso de su vida lo desviaron bruscamente la codicia de unos y los instintos sanguinarios de otros, sin que para él sean los bienes que conquiste, ni su conciencia le perdone los muertos que hiciera...

Y cuando en la serenidad azul de los vésperos estivales Venus empieza á brillar, da el soldado gracias á Dios porque le quitó el fusil de sus manos y le separó de los rebaños humanos que pastorean hacia la muerte, para encargarle de este otro rebaño evocador de clásicas estrofas de paz. Entre los bélicos cantos de Homero han saltado versos de Virgilio...

Las sembradoras

Y también al otro lado de Europa, en la Polonia, donde luchan las razas del Norte, hay la obsesión de la vida campesina por sobre la guerra.

Las mujeres sustituyen á los hombres en las faenas agrícolas, porque saben que el hambre cabalga siempre en las ancas esqueléticas del

caballo de la guerra. Hay que pensar en las cosechas futuras, que acaso no serán estas sembradoras de hoy las que la recojan; que, tal vez, serán destruidas, cuando empiecen á granar, bajo el paso de los ejércitos.

Pero ellas van encorvadas bajo los sacos de simiente, entristecidas dentro de sus ropas de luto.

Es en la lejana región de Suwalki. La fotografía sorprendiólas á estas mujeres de espaldas, en una enigmática actitud de secreto. ¿Son jóvenes, son viejas? ¿Es dolor de orfandad, de viudez ó de madre sin hijos el que estruja su corazón? ¿Sustituyen esposos, hermanos ó padres en las faenas que antes de la guerra eran hombrunas? No se sabe.

Son como sombras anónimas, como esos enormes esfuerzos de una nación, que nunca tienen nombres ni rostros.

¡Qué importa lo demás! Son el símbolo-esfinge del porvenir. Van. No vienen. Atrás dejan el presente, tan cruel.

Hubo un momento en que pudimos verlas el rostro.

Fué cuando el dolor lo contorsionaba en gritos y lo barnizaba de lágrimas. Fué cuando vieron incendiada y en ruinas su choza, cuando sintieron movidas sus manos en la sangre del hombre amado y cuando sus labios recogieron de la amada boca el último estertor; pudimos verle también cuando desafiaron altivas al invasor ó imploraron al Dios que por algo se llama «de los ejércitos».

Pero, entonces, era lo irremediable, lo fatal, lo que, pasado el momento de la tragedia, no debe atar nuestros brazos ni secar nuestras fuentes espirituales. En el alma de la mujer se pueden cuajar varias energías, como en sus entrañas varias vidas. Nada pueden esperar en las ruinas y en la muerte. En cambio, al otro lado les aguarda la vida futura, lo que todavía se puede remediar y crear.

Y hacia allá van. ¡Qué importa saber cómo son estas mujeres! Es la raza la que marcha, y si los campos que ahora siembran son también arrasados por el ejército enemigo, siempre habrá mujeres que avancen rostro al horizonte, siempre habrá en sus manos el ademán santo del sembrador y siempre habrá en su

el troquel de nuevos hombres orir por la patria...



LAS SEMBRADORAS

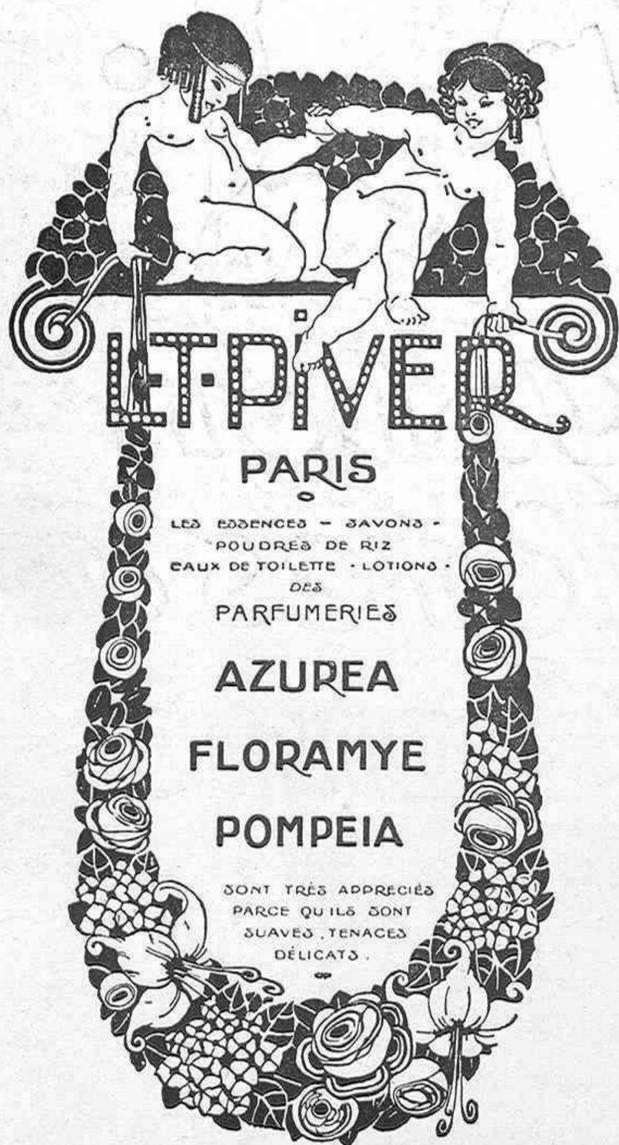
Grupo de mujeres polacas, de Suwalki, dirigiéndose al campo para las labores de la siembra

José FRANCÉS

ATENE
BIBLIOTECA
MADRID

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



COMPAÑY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer or^c Hay ascensor

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4 MADRID



El jabón Flores del Campo se distingue de todos por su perfume y fragancia